

97  
DAD  
CIÓN

THE  
DUKE OF  
VAL  
1836

PQ7297  
.F37  
Q5  
1836  
v.1  
CALD

26  
113



1080024051

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Se empezó tanto para ver lo q' quería, q' cogiéndose de  
masado la criatura, cuando quiso no pudo impe-  
dir se le deslizará de los brazos.*

LA  
**QUIJOTITA**

**Y SU PRIMA:**

**Historia muy cierta con apariencias  
de novela,**

ESCRITA POR

**EL PENSADOR MEGICANO.**

TERCERA EDICION.

TOMO PRIMERO.

MÉGICO.—1836.

Imprenta á cargo de Mariano Arévalo,  
Calle de Cadena núm. 2.

Se expende en la librería de Galvan, Portal de Agustinos No. 1.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

Núm. Cl. \_\_\_\_\_  
Núm. \_\_\_\_\_  
Núm. \_\_\_\_\_  
Proce. \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Clasific. \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Propiedad de Mariano Galvan Ri-  
vera.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Q5

V.1

1836

### ADVERTENCIAS.

Si alguna persona comprare esta obrita creyendo hallar en ella invencion singular, erudicion escogida, método exacto, estilo brillante y todas aquellas bellezas que encantan y sorprenden en muchas obras del dia, se llevará un buen chasco sin duda alguna; pues solo encontrará una invencion comun, una erudicion no rara, un método en partes incorrecto, y un estilo sencillo y familiar.

Tal es el todo de la presente obrita; y esta ingenua confesion, si no basta á defenderla de los colmillos del Zoilo, ni de la férula del Aristarco, bastará á lo ménos para probar que su autor no aspira á pasar la plaza de sabio sorprendiendo á los incautos.

Habiendo visto la favorable acogida que halló el Periquillo en el público ilustrado de este reino; y habiendo tambien observado que se han desterrado de algunas casas estas ó aquellas preocupaciones, mediante su lectura, me determiné á escribir esta obrita, considerando que acaso podria ser de provecho á no pocas personas; y como al escribir trato de conciliar mi interes particular con la

003213

utilidad comun, de ahí es que muchas veces atropello á sabiendas con las reglas del arte cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este ó del otro modo.

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con mas gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfeccion, si yo carezco de la ilustracion y genio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita así como he podido escribirla, deseando que sea útil, y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir ó evitar mi escasa penetracion.

Tambien debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las íntimas relaciones que tienen ambos entre sí.

## PROLOGO.

*En una carta y su contestacion.*

Señor Pensador.

He leído con gusto la obrita de V. que tituló: *el Periquillo Sarniento*; y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amiga de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de V.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, uno ha sido reflexionar en el empeño con que critica V. las costumbres de los hombres extraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, Señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar V. de las mugeres para darles una enja-

utilidad comun, de ahí es que muchas veces atropello á sabiendas con las reglas del arte cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este ó del otro modo.

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con mas gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfeccion, si yo carezco de la ilustracion y genio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita así como he podido escribirla, deseando que sea útil, y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir ó evitar mi escasa penetracion.

Tambien debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las íntimas relaciones que tienen ambos entre sí.

## PROLOGO.

*En una carta y su contestacion.*

Señor Pensador.

He leído con gusto la obrita de V. que tituló: *el Periquillo Sarniento*; y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amiga de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de V.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, uno ha sido reflexionar en el empeño con que critica V. las costumbres de los hombres extraviados, la sal con que procura ridiculizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, Señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar V. de las mugeres para darles una enja-

bonadita? ¿Crée V. que somos irreprehensibles, ó le parece que nos haria un agravio con emplear su pluma en nuestra correccion? Advierta V. que en nuestro sexo hay muchos abusos y muchas preocupaciones perniciosas, comenzando desde nuestra primera educacion. El amor propio nos ciega mas que á VV., y los hombres, quando dicen que nos aman, no hacen sino empeñarse en cegarnos mas.

Siguese que pocos autores, ó tal vez ninguno, ha escrito contra nuestros defectos en un estilo que nos pique, nos enseñe, corrija y divierta. Casi cuantos hasta hoy han escrito sobre esta materia, se han dividido en dos bandos: unos han tratado de instruir á nuestros padres acerca del modo de educarnos, amontonándonos bellos rasgos metafísicos, bastante erudicion y un sin número de reglas acaso impracticables. Los otros no se han entretenido sino en satirizarnos hasta lo mas inocente, en llenarnos de oprobios y en

procurar excitar la risa de sus lectores á nuestra costa.

Ya ve V. que si el fin de los primeros es laudable, ha sido igualmente infructuoso; porque las niñas, que algun dia han de ser madres, por lo comun no son aficionadas á esta clase de lecturas serias y que parece no habla con ellas.

El fin de los segundos es demasiado soez é indigno, pues hablan mal de lo mismo que apetecen, solo por saciar su espíritu locuaz y maldiciente.

Seria, pues, una empresa recomendable dar á luz una obrita, que sin zaherir generalmente al sexo, ridiculizara los defectos mas comunes que en él se advierten.

Tal clase de trabajo seria útil y digno de nuestro aprecio, pues lo leeriamos con gusto, creyendo no estar comprendidas en aquella pintura; y á nuestras solas ó á sangre fria, advertiriamos que en muchas materias la sátira y la reprension recaían sobre nosotras, que éramos los legítimos pro-

tótipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presenta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir á los padres y madres acerca de nuestra educacion, para descubrir los ardidés y artificios de que se valen los hombres para seducirnos y arruinarnos, y para enseñarnos los antidotos mas eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciria mejores efectos que los de la diversion y pasatiempo; pues á la hora crítica se vendrian muchos lancecillos á la memoria de la tal niña, y contendrian como con un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, Señor Pensador, yo estoy paseándome en unos prados deliciosos que no existen, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo, y no se ha escrito. Quisiera á la verdad que probara V. su pluma para este utilísimo trabajo.

El genio de V. serio y observativo, su poco ó mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anímese V. y coadyuve con los buenos deseos que tengo de abrir los ojos á las damas. Ello, ya advierto que es algo dificultoso; pero lo fácil ni contrae mérito, ni demanda recomendacion ni elogios. Lo arduo sí, se debe emprender aunque no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimacion universal.

Estos generosos sentimientos, fruto de la lectura del *Periquillo*, han agitado mi fantasía, y puesto la pluma en mi mano para suplicar á V. aunque sin mérito, que escriba una cotorra ó lo que quiera, segun la idea que le presento; y de su atencion y cortesía espero no quedará desairada su incógnita servidora que B. S. M.

*La Curiosa.*

## RESPUESTA.

SEÑORITA.

La idea de V. es liberal, sus deseos apreciables, y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiéndome capaz de desempeñar el designio de V., no quisiera conciliarme el aborrecimiento del bello sexo, que seria como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso á V. con la mayor sencillez, que sea por mi edad, por mi constitucion enfermiza, por el conocimiento de mi ningun mérito, por mi experiencia, por mi corta fortuna ó por lo que V. quiera, no me atrevo á mendigar los favores de las mis señoras; y así el temer hablar contra algunos defectos ó preocupaciones de muchas, no es por excusar sus dengues ni desvíos, sino porque presumo que algu-

ñas me contarán en el número de los segundos escritores que V. menciona.

Yo creo que algo conozco á las mugeres, y por una constante experiencia y observacion, he echado mis pronósticos á muchas, y casi siempre los he visto cumplidos al pié de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiria con tino en la materia; pero cuando así fuera, no podia ménos que grangearme una porcion de enemigas que á veces son mas terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriria á mi pesar, pues no escribiria mi obra, ni acusaria de ningun defecto á las damas, del que no recayera la culpa en la mayor parte de los hombres, lo que era un bello modo de lisonjearlas.

Pero si todo este artificio no bastaba, ¿qué haríamos sino sufrir su terrible anatema, y exponernos á ser el blanco de sus maldiciones y tizeretadas inexcusables?

Mas despues de todo, yo no he de desairar á V. Voy á escribir una obrita, y es-

ta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará V. bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á V.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si V. no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servir-la y me ofrezco á su disposicion, como su afectísimo servidor que S. P. B.

*El Pensador Megicano.*

---

## LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

---

### CAPITULO I.

*En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.*

En una de las casas de esta populosa ciudad vivia D.<sup>a</sup> Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langarato, y hermana de D.<sup>a</sup> Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé que regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque D. Dionisio era semi-jóven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era harto mediana, y su carácter serio y cortésano.

El primero solo pensaba en el juego,

ta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará V. bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á V.

La una de ellas presenta todo el fruto de una educacion vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si V. no quedare complacida, el defecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad con que deseo servir-la y me ofrezco á su disposicion, como su afectísimo servidor que S. P. B.

*El Pensador Megicano.*

---

## LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

---

### CAPITULO I.

*En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.*

En una de las casas de esta populosa ciudad vivia D.<sup>a</sup> Eufrosina Contreras, muger de D. Dionisio Langarato, y hermana de D.<sup>a</sup> Matilde, esposa de D. Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé que regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de D. Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y concuños; porque D. Dionisio era semi-jóven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era harto mediana, y su carácter serio y cortésano.

El primero solo pensaba en el juego,

bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertía sin disiparse, y se entretenía lo mas del tiempo que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mugeres por lo comun siguen el ejemplo de los maridos, la Eufrosina era una petimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeros almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

D.<sup>a</sup> Matilde por el contrario; acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave, que tocaba diestramente.

Ya se vé que no por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada ménos: ella tenía y correspondía sus visitas, y se franqueaba á cuantos convidados la hacían, especialmente á aquellos cuya asistencia prescribía la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposo y nunca tratando de sobresalir en lujo; sencillez que la hacía mas estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo opuesto de los naturales de estas dos familias, se amaban con extremo, ya por los vínculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa que jamas se oponían á sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, ántes condescendían con ellos en cuanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de día en día.

Tanto creció este, que no pudiendo sufrir las hermanas la separación de casas aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividía, haciendo de este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta, y se estrechó mas la comunicacion como era regular, y esta puerta me facilitó observar mas de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía á la de D. Rodrigo con quien vivía por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

D.<sup>a</sup> Eufrosina despues que parió á su

hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tias y nodrizas, y no la volvió á ver hasta que la sacó á misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos los dias que la preocupacion ( ) señala de cama á las paridas.

Con tan semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana D.<sup>a</sup> Matilde tenia algo quebrado el color por razon de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyándola el arbitrio de no criar á sus hijos. Haces muy bien, niña, la decian, haces muy bien de no criar á tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves qué buena salud gozo despues de haber parido ocho muchachos.

Con razon, decia otra: yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza aca-

(\*) *La preocupacion consiste en que sean precisamente cuarenta dias de cama y no mas ni menos. cuando este tiempo se debiera ordenar segun la constitucion y robustez de la paciente, y no segun una rutina que interviene el chiqueo y no la necesidad.*

ba á las mugeres, y por fin no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las pobretas y gente ordinaria. Ya se vé que sí, decia otra. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, ni la Tremenda ni otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina criando á su hija como una chichi alquilona? ¡Jesus! ni pensarlo, decia una chatilla remilgada. A mí nada me va ni me viene; pero se me coge el corazon de ver á tu hermana Matilde cargando al nene todo el dia, y este chupándole la mitad de la vida; no envalde está la pobre tan descolorida y flaca que parece gato de azotea. ¿Qué ordinario y qué mezquino debe de ser el viejo de su marido!

Yo hartó me mortifico de estas cosas, respondia Eufrosina: hartó le decimos á D. Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido á pagarle la chichi; mas no hay forma de entrar por el aro, siempre nos sale con que es obligacion precisa de las madres; que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterías semejantes.

Si lo creo, decia la chata: si vieras que trabajo me costó imponer á mi marido á que pagara chichiguas para sus hijos, ¡oh!

eso fué mucho. ¡Sobre que el señor mio estaba acuñado á la antigua, y presumia de muy filósofo y racional! ¡Qué sermones me echaba! qué comparaciones me ponía y qué cuentecillos me hacia leer! pero no le valió. Mi constante respuesta era decirle que todas estas eran faramallas, vejistorias y arbitrios de mezquinos: que yo era una señora decente, y era muy mal visto en las de mi rango esa clase de trabajo y tarea, propia de la gente ruin y miserable, y que por último, yo estaba resuelta á ahogar á los muchachos ántes que permitir que ellos me exprimieran la última gota de mi sangre.

Cuando mi marido oía semejantes razones, hacia del enojado y se marchaba á la calle. Me acuerdo que en mi primer parto en una de estas, se fué y no vino hasta la noche sin traer chichigua, creyendo que yo me habia de ablandar á los gritos del muchacho; ¿pero cuándo? El lloró hasta que se cansó sin querer tomar la leche que le daban las criadas, mas no probó la mia. Ello hubo en casa la de sanquintín cuando lo supó mi marido, pero yo conseguí salirme con la mia y que lo criara una negra retobada como el diablo, y creo

que gálica, por señas que el niño se murió á pocos dias medio podrido, y desde entónces ya mi marido tiene buen cuidado de buscar chiches robustas á sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de D.<sup>a</sup> Matilde, y esta sencillamente las referia á su marido, quien la decia: Hija, no hagas caso de las producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que esta no desme rezca, poco cuidado se les da de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza.

Mucho y bien han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades....

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera: abrieron el porton, y entró haciendo un terrible ruido con las espuelas precipitadamente á la sala seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo: Ave María, Señor amo.... ¿Qué es esto, Pascual? le preguntó el coronel: ¿qué te ha sucedido, qué tienes que te vienes ahogando?

¿Qué he de tener, señor, decia Pascual

(que era mayordomo de un ranchito que tenía el coronel:) ¿qué he de tener? Estas son unas picardías, unas perradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No sé como no caen rayos á manojos y acaban con la ciudad.

Pues vaya, repetía el coronel: ¿qué te ha sucedido?—Que me ha de suceder. En malora me encargó el señor cura de mi tierra que trajera una carta en la calle de . . . de . . . de . . . quien sabe como se llama la calle; pero ello es que el rétulo de la carta era para la señora Lustrina. . . . Ludovina se llama mi ama, que no Lustrina, decía la vieja muy enojada: ¡habráse visto! ¿qué hasta eso mas es V. pone nombres? ó ya se metió á arzobispo para confirmarla? Todo está güeno, decía el payo; ¿cómo dice que se llama su ama?—La señora doña María Liduvina. . . . Ascan, ansina, eso es, reponia Pascual: ansi se llamará, sino que como yo tengo mal güido se me habia olvidado; pero el cuento es, seor amo, que yo juí á la casa y llegué, ¡y que hago! subo, entro de sopeton hasta la recámara, y me jallo á la señora Luterina dándole de mamar á estos dos cachorros, sin tener tanta caridá de un probe muchachito de tres meses que estaba tirado á sus piés en una saleyita, dando el probe angelito unos gri-

tos que hasta se desmorecia, y croque era de hambre, porque se chupaba las manitas y se revolecaba como culebra.

Yo no me pude sofrenar, y ansi le dije á la señora: ¡No juera mas mejor que le diera de mamar á ese probe niño que al fin es cristiano como nosotros, y no á esos perros que tiene colgados de las chiches!—¡Si á mano viene será su hijo el muchacho! Lumbre le quemaron en los lomos á la tal Lustrina ó como se llama; porque poniéndose mas colorada que un huachichil(\*) me dijo: Quítense de aquí el pay bruto, barbajan, majadero, entremetido. Y qué le va ó qué le viene que yo dé de mamar ó no á mi hijo? Yo le dije: Si me vá, porque la leche que le da á los perros, mas mejor se la diera á ese niño, y yo no he de consentir tal picardía; y diciendo esto, le arrebaté los cachorros y me salí corriendo para acá en casa; pero en la calle me alcanzó esta maldita vieja, que á pura juerza quere que se los dé, y yo no se los quero dar, porque son mas güenos para el rancho á conforme estan de gordos y grandotes.

¡Sí, señor, ansina es como el señor lo cuenta, decía la vieja; pero ya verá su

(\*) Frijol de color punzo que no se come. Usase de esta frase vulgarmente para significar que alguna persona se pone muy colorada.

mercé, que desde anoche se jué la chichi y no se jalla otra ni por Dios ni por sus santos, y por eso lloraba el niño; porque como la leche de mi ama esta retesa, no se la puede dar porque se empachará el probecito. ¡Mire qué caso! decia Pascual, y ¿quén la ha mandado que la deje retesar? ¿porqué no le dió de mamar dende los principios, que á fe que no se le retesara? ¿Qué cuentas tengo yo con eso, replicaba la vieja: acaso yo la mando ó es mi hija? Pero, señor, la probe de mi ama le viene tanta leche, que por mas remedios y porquerías de la botica que le mandan los médicos, no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le vacien los pechos; ya se vé, que es tan enferma la probe señora....

¿Qué enferma ha de ser? respondia Pascual: si la viera mi amo qué colorada está y mas gorda que un marrano capon, y con dos tetas tamañotas, que á fe que para vaca chichigua valia un dineral: mañosa será ella, que no enferma. Muy rala será la muger que no pueda criar á sus hijos por enferma. ¡No mira á mi ama D.<sup>a</sup> Matildita como está criando á su niña y no se enferma?

Pues en fin, yo no vengo á chismes ni averiguaciones, decia la vieja: déme V. mis perros, y acabadas cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la seica y la meca en busca de los perros, y así haberlos, que ya me voy y se me hace malobra.

Pues yo no doy los perros, es gana, decia Pascual: dos tigres le diera yo para que le comieran los entresijos á su ama por verduga de su hijo; y ya se puede ir de aquí la señora alcahueta de los perros, porque si no, por vida mia que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal, y amenazó á la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó mas que de paso, rezongando sesenta retobos y desvergüenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira á su amo, que á este tiempo iba entrando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver á Pascual con los perros en una mano y con el cuchillo en la otra amenazando de muerte á su cocinera.

Apénas D. Rodrigo advirtió por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de D.<sup>a</sup> Liduvina, cuando ha-

ciéndole tomar asiento, lo satisfizo con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo: Ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hijo, lo que es de mí agradecer. También le tengo dicho á Liduina que se ponga en los pezones botellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el aro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma de las botellas.

¿Pero no fuera mejor, decía el coronel, que la señorita criara á su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? Seguramente en este caso el niño se criara mas sano y robusto, y se ahorraran VV. de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

Es verdad, reponia el señor de los perritos: pero ¿qué quiere V. S. si es menester condescender con las mugeres? Como yo estoy recién casado y la mia es jóven y bonita, trata de cuidarse y es preciso darle gusto. Si fuera fea, seguramente yo no me meteria en tantos cumplimientos: (\*) ella criara á sus hijos ó

(\*) Es una observacion. Pocas desairaditas por la

no los criara; pero es de mérito, y es menester cuidarla. Ahora mismo me mandó por los perros, y me ha de hacer V. S. favor de que los lleve, porque si nó habrá en casa una del demonio.

El coronel no quiso contestar mas con aquel neçio; y así mandó en tono de amo á Pascual que diera los perros á aquel señor, pues cada uno sabia lo que habia de hacer en su casa.

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó á la vieja, que los recibió con mil manos, y llenándolos de besos les decía: ¡Ay hijos de mi alma, y en qué grandes peligros se han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amo y criada se despidieron del coronel y de su esposa, pero no del payo, que los miraba con ojos encarnizados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los perritos de leche.

Luego que los de casa estuvieron solos,

*naturaleza tienen chichiguas que crien á sus hijos; así como pocas bonitas con tal cual proteccion dejan de tenerlas. ¿En qué estará eso?*

el coronel hizo sentar á Pascual, y encaminando la conversacion á su muger, la dijo: ¿Ves confirmado lo que te acabo de decir, de que es difícil exterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipion, cometieron un grave delito unos oficiales de guerra por el que fueron condenados á muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto; mas fué en vano; el juez estaba inexorable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Últimamente, y por no dejar diligencia que hacer, interesaron para el mismo empeño á una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delinquentes, cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo ménos que agraviar á su hermano, quien manifestó su queja á Cornelio; pero este se disculpó diciéndole: Hermano, te aseguro que yo tengo por mas madre á la que me crió y no me parió, que á la que me parió y al instante me abandonó á otros brazos, pues esta no es verdadera madre; y pues solo á la que me crió tengo por madre,

justo es que á esta la tenga por verdadera hermana y muy amada.

Con tan oportuna respuesta quedó reprendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano, y callada la murmuracion de los que no comprendian este misterio.

De los dos Gracos, famosos romanos, se lee tambien que tuvieron un tercer hermano bastardo muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual viniendo triunfante de la Asia, entró en su casa, y hallándose en ella á su madre y á su ama de leche, ó chichigua, como acá decimos, regaló á la madre una cinta de plata, y á la chichi un joyel de oro y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas el la avergonzó diciéndola: No te admire, madre, el que haga esta distincion, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste de tus brazos, recogíendome en los suyos mi nodriza, alimentándome y cuidándome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo mas que á tí. ¡Justa reprehension que debe escuchar la madre que con mucha robustez abandona á sus

hijos á otros brazos por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se ve en este reino, ni Dios lo permita, otra circunstancia mas cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos luego que nacen, á que los críe la nodriza en una aldea ó pueblo léjos de la ciudad en que viven las madres, quienes no vuelven á verlos hasta que andan, hablan y comen por su mano. ¡Abuso excesivo, que ha sido causa de mil equivocaciones funestas, que despues nos han divertido en comedias ó tragedias.

Reinando Alejandro en Macedonia, siendo rey de los Epirotas Artabano, tuvo este un hijo, al que desterró á una aldea en poder de una chichigua. Algunos lo supieron, y sobornando á esta con dinero la hicieron tuviera en su casa á un niño hijo de un principal caballero, quien se llevó al hijo del rey á su casa y le nombró de hijo. En este error se mantuvieron los dos niños hasta que murió el rey padre y dejó por heredero al que cria que era su hijo, esto es, al que volvió la nodriza de la aldea. Iban ya á coronarlo, cuando la ama declaró que aquel no era

hijo del rey, sino el que tenia en su casa el caballero fulano. De esto resultaron dos partidos, y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes á la corona en una batalla, que costó muchas vidas á los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el Senado una ley por la que mandaba, „que todas las „mugeres criasen á sus propios hijos, y que „las princesas y señoras enfermizas criasen á lo ménos al primogénito.” Yo aseguro dice un autor español: (\*) que no „dejará de haber algunos mayorazgos sin „hijos ni herederos, y que los legítimos „andarán, tal vez, vendiendo arena y ladrillo ó siendo peones de albañil. Lo „cierto es, que solo el que cria la madre „á sus pechos puede asegurar que es su „hijo, ó el que se cria en casa y siempre „á la vista.

Aquí no hay tanto exceso; pero yo he conocido mas de dos señoras que luego que paren, entregan el niño á la que se encarga de cuidar y criarlo, y no lo vuelven á ver hasta que anda. Tú conoces á tu hermana, no es necesario ir muy léjos.

(\*) D. Estevan Colomer.

La enfermedad verdadera ó una causa legítima como la conservacion de la pública honestidad, excusan á las mugeres de criar ellas mismas á sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre sin detrimento de su honor, ó una contagiada del mal venereo ú otra igual, no debe criar á sus hijos, está excusada de esta obligacion. Pero en este caso se debe pulsar con mucho tiento la cleccion de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla á mano. „Cuando las madres no pudieren criar á sus hijos por alguna razon de primera necesidad, dice un sabio escritor de nuestra Méjico (\*), juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporcion á la naturaleza del niño. Por lo que respecta á la pureza de costumbres, encarga S. Gerónimo que no sea vinosa, ni lasciva, ni patrañera. Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complexion muy semejante á la de la madre; pero en especial que sean sanas y de buenas costumbres, apacibles, castas, sóbrias y afables. La l. 3 tit. 7 de nuestro código español dice:

(\*) *El Lic. Barquera en los diarios de esta capital de Diciembre de 1816.*

„que deben darse á los niños amas sanas, „robustas é de buen linage, ca bien como „el niño se gobierna é se cria en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si „se gobierna y se cria del ama desde que „le da la teta, fasta que gela tuelle, é por „que el tiempo de la crianza es mas luen „go que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del continente é de las costumbres de la ama.” No está la naturaleza un punto ociosa; pero la tiranía de muchas madres frustran sus fines con notable daño de la humanidad.

„Las nodrizas deben ser de veinte á treinta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro á cinco meses: que no hayan tenido partos dificiles: que tengan, si puede ser, el pelo negro ó castaño; porque las rubias ó azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tengan mal olor en la boca, y la dentadura blanca y fuerte, pues esta es señal de buena linfa, y por consiguiente de leche muy buena.”

La leche para ser buena debe ser blanca, sin olor, y de poco sabor; no muy aguada ni muy espesa, sino de un medio racional, pues será mala la amarga ó sa-

lada, de color desigual, y muy espesa ó muy delgada. . . .

Finalmente, del régimen de vida de las que crian depende generalmente la buena ó mala constitucion de los niños; pues se ha observado que aun las complexiones mas débiles y enfermizas se han restaurado con encomendarlas á una nodriza robusta y cuidadosa de sus obligaciones, lo que no se paga con ningún oro. Semajantes nodrizas deberían ser premiadas con un lugar distinguido en las familias, y aquellos niños que se han alimentado á sus pechos debian apreciarlas como á segundas madres, cuando crezcan y se vean en unos puestos capaces de influir á sus comodidades con su proteccion.»

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las qualidades dichas, ó si quiere con las ménos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se extiende á las madres que por una causa legítima no pueden criar á sus hijos: no á aquellas que por no acabarse, y por no ponerse descoloridas, buscan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tie-

nen, lo mismo que para no ayunar las que pueden; y lo peor es que se hallan médicos liberalísimos para lisonjear con su opinion el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tú quieres. . . . ¡Ay! no, ni pensarlo, decia la amante Matilde. ¿Yo habia de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos, la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel rebosando la satisfaccion que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y la decia: Tú sí eres verdadera madre, tú sí cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en tí el iman de nuestras delicias. La naturaleza humana reconoce en tí un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

Asi pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, al cabo de los

cuales observé lo que leereis en el capítulo siguiente.

## CAPITULO II.

*En el que continúa la materia del antecedente.*

Pasado el tiempo de la primera crianza, y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las pilmamas. Como el fin era quitársela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y ya se deja entender qué segura estaria esta en los débiles y aturdidos brazos de una muchacha de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba, y era la pilmama reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hijo al cuidado de una criatura que no sabia ni podia tenerlo según convenia.

Una ocasion estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas, y la pil-

mama divertida con la niña en el balcon mirando un victor ó no sé qué friolera que pasaba por la calle, *se empinó tanto en la verja para ver bien lo que queria, que colgándose demasiado la criatura, cuando quiso no pudo impedir que por su propio peso se le deslizara de los brazos y fuera á dar al suelo, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caido sobre un monton de lana que habian sacado á asolear unas pobres que vivian en la accesoria que caia bajo del balcon.*

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte y de que recibiera el mas mínimo daño.

No corrió igual suerte la infeliz Maria, que así se llamaba la pilmama, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun despues de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira mas nevia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgredió, y la dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas, la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pe-

dazos y bañada en sangre, y tomó salir llo-  
rando de aquella funesta casa á curarse á  
la suya, dejando en poder de su ama su  
salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que su  
desazon y su imprudencia fueron los que  
arrojaron á su hija del balcon, sino que lo  
atribuyó al descuido de la maldita mucha-  
cha pilmama, como solia decir, y así con-  
forme á este falso júicio, trató de que vi-  
niera otra, porque su hija le pesaba dema-  
siado en los brazos. Para esto la encargó  
por todas partes, teniendo á lo ménos el  
cuidado de solicitarla grande, para que no  
se volviera á repetir la amarga escena del  
balcon.

Es menester decir en este lugar, en ob-  
sequio de la piedad é ilustracion de Eufro-  
sina y sus visitas, que no se olvidó de de-  
dicar á cierto templo un gran retablo re-  
presentativo del milagro tan patente. Di-  
je á cierto templo y no á cierta imágen,  
porque en el retablo estaban pintados di-  
versos santos, segun fueron los invocados  
por las visitas; y así despues del pasage  
se trabó entre ellas una disputa tan ridí-  
cula como acalorada acerca del sauto que  
habia hecho el milagro; de suerte que ca-

da una lo pedia para su santo, hasta que  
la pluralidad de votos se resolvió que to-  
dos se pintaran en el lienzo, y quedó el  
milagro en opiniones. ¡Contencion pue-  
ril y propia de gentes que tienen poco co-  
nocimiento de su religion! En otro lugar  
explicarémos qué son milagros, cuáles fa-  
vores, quién los hace, y por qué.

En efecto, á los dos dias acomodó Eu-  
frosina á una pardita bonitilla como de  
diez y seis años, muchacha muy viva y  
alegre, que cuando estaba delante de ella,  
que era muy rara vez, hacia á la niña  
mil mimos y zalamerías con que dejaba  
á su madre lela, y la dispensaba esta tanta  
confianza, que la permitia salir á la calle  
cuando se le antojaba, con achaque de  
divertir á la niña.

Cada rato estaba esta empachada sin  
saber porqué. Ya se vé, la pilmama nun-  
ca decia que le daba peritas verdes, tejo-  
cotes, chicharron ni otras porquerías se-  
mejantes; pero así lo hacia, como lo ha-  
cen las muchachas para que la niña no  
llore, para que no se le salte la hiel ó se  
le reviente un ojo. La pobre criatura co-  
ma aquellas golosinas perniciosas con  
la misma indiscrecion con que se las da-

ba la pilmama, y de repente perdía la gana de comer, padecía ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventazones, y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas, y se comenzaba la ordinaria cancion de: ¡Virgen! ¿Qué tendrá la niña? qué será esto? ¿qué habrá comido? ¿Qué le has dado, Francisca &c.

Pasadas estas importunas exclamaciones, se resolvía por la junta de médicas, que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de china, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal mil ocasiones no cedía, y era preciso recurrir al médico, quien echaba mano del jarave de durazno, oximiel scilitica, hiepecuana, ruibarbo, tártaro emético y cuantos laxantes, vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que cedía el mal; pero apenas convalecía la niña, cuando recaía; así porque la pilmama no se abstenia de darle porquerías, como porque su estómago quedaba siempre mas débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una pilmama y mañana con otra; y si tan mal le fué en su crianza física al lado de estas, ¿qué sería en su educacion moral? Sin duda debia ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba continuamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas; esta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar. Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto queria y á enfadarse si no se lo daban pronto; de otras á levantar la mano para cualquiera; de otras, á pedigüeña; de otras, á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa; de otras, á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas á ser, en cuanto su edad le permitia, la muchacha mas necia, atrevida y malcriada. Bien, que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono. ®

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues á esta la buscó para pilmama, no la primera que encontró, si-

no una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni él ni Matilde trataban como criada, sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble pilmama los amaba á ellos como padres y á la niña como hermana; y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu; lo que fué principio de su felicidad, como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: No puede reprobarse el uso de las pilmamas, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero acontece á las pobres, y lo segundo á las enfermas. Así es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entre-

guen no solo á una muger juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para pilmamas mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquiera diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome, y dinero que se gaste, no está por demas, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las pilmamas solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocacion hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó necia, y este equivocado proceder hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa: esto lo demuestra la experiencia cada dia. ¿Cuántas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, giotes &c? ¿De dónde pueden adquirir estos males, sino mil veces de las pilmamas enfermas con quie-

nes andan continuamente, duermen, comen, y trasudan?

Ya ves aquí un principio de un mal físico, dimanado de la mala elección de las madres cuando tratan de acomodar pechugas á sus hijos. Pues de esta mala elección resulta tambien otro principio de mal moral. ¿Qué son por lo comun las pechugas? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes. Y ¿qué aprenderán los niños con la continuada compañía de una muger llena de vicios, ó de errores ó de todo junto? Seguramente todo, pues en los primeros años tenemos la aprehension muy viva, y retenemos tenazmente y con gusto lo primero que oímos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las pechugas para que saquen los niños á la calle con el pretexto de que los diviertan y por no oirlos chillar, tambien es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestion, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los

niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente, son los gages que reciben casi siempre de sus buenas pechugas. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus pechugas! Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años, acometido de un terrible mal que no se conocia. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsion de una mortal alferecía. El médico le aplicó lo mas específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fueron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño, y le encontró en el espinazo clavado un fistol hasta la cabeza. ¡Cuál sería entonces su asombro, y cuanto el sentimiento de la madre al saber que la pechuga, por una cruelísima venganza, habia come-

tido semejante atroz infanticidio! Tú eres madre, yo lo dejo á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fuera el único en su especie, se podria tener á dicha; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las pilmamas á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas pilmamas paseadoras, le tocó al niño que llevaba una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras reñia con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo, y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios, y las madres no escarmientan. Deberian no apartar jamas sus hijos de su vista, y así los tendria mas seguros, mas sanos y mas bien criados.

Volviendo á Eufrosina, digo: que apenas cumplió los tres años su niña, cuando á pretexto de que ya era grandecita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le habia dado Eufrosina, á lo que el coronel la contestó de este modo: Hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su mas completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legítimo que tiene para separar de sí á su criatura; y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estés expedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no la sea una tácita reprension.

Mas yo me hallo muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado en que eres buena madre y la quieres mucho, y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella ó privarte de algunas diversiones.

Ya se vé que no, decia Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace

fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar á las niñas á la amiga; porque las he visto enviar mas chiquillas, hasta de dos años; ya se vé ¿qué digo de dos años? si las he visto destetar en la amiga.

Yo no pongo duda en eso, decia D. Rodrigo; pero mientras ménos edad tengan, ménos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Sole en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre, sola, que tenga que buscar el pan y no pueda cargar con su hijo, ni tenga á quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaria yo que lo dejara en la amiga, porque esto era ménos malo que dejarlo abandonado á su indiscrecion; pero una muger de proporciones como tu hermana no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oírme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sabios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignoran-

cia incurren las mas ó todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio que sin malicia hacen de su salud.

No te admires, vuelvo á decirte. La constitucion física de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el aire mas libre, hacer el mayor ejercicio, y tener el espíritu tranquilo; porque entónces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidez para vigorizar las fibras y que estas se desarrollen sin el menor embarazo: para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que coadyuva, mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posicion le es tan violenta, como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tú si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde, estoy por convencerme de estas razones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero

que me expliques ¿cómo es eso de que las criaturas estan sentadas á fuerza y contra la naturaleza, que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta?

Muy bien, decia el coronel con gran cachaza, dime: ¿Si á tí te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltando todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á carcajadas: ¡qué chula anduviera yo tan larga, y saltando y brincando sobre los canapees y sillas de casa lo mismo que una ardilla!—Pero si te hicieran saltar á fuerza, ¿qué habias de hacer? No, no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. Vaya, eso es decir, hija, contestaba el coronel, eso es decir; pero el rigor obliga á mucho mas, aun concediéndote esa fortaleza, que no tendrias: los niños no son capaces de ella, porque ni su razon ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas prescindiendo de esta fortisima razon, tú de liso y llano confiesas que te seria muy violento el saltar y brincar todo el dia, y que ni aun oprimida por la fuerza lo harias, ¿no es esto?

Así es, decia Matilde: me seria no solo violento, pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas. Pues has caido, contestaba su esposo: tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el dia para un adulto. Cada edad tiene sus peculiares propensiones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decia Matilde; pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto ántes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demas que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros; porque no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra, y la labor con dolor, y ya tú sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

No todos, decía el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo ciertísimas, sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su origen, han hallado abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupación. Uno de estos es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, que la letra con sangre entra? Esta es una máxima tan falsa como cruel, y tan impolítica como necia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La experiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, léjos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sin vergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme ménos, y se descuida de propósito; y últimamente no teme nada, odia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efec-

to á costa de su pellejo, miétras está en estado de sufrir, que en llegando á criar alas, levanta el vuelo, se subtrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones, y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿no conoces algunos de los que se dice: ya este no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con los niños, y cuán léjos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el dia ya se va conociendo esta verdad, y se va desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor, el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas pronto, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decía Matilde; pero mis tias, mi hermana y las amigas de mis tias me dicen muy al contrario, esto es, que conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, si no se crían los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coro-

nel: nada mas has hecho, que confirmar que estás preocupada en favor de la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tias, y otras personas y viejas tan ridículas é idiotas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinion, por eso me explico con tanta sencillez; pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razon, la experiencia y la autoridad.

Por la razon debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fuerán, igualándolos al elefante, al perico, al oso, al mono, al caballo, al perro, y á otros brutos, á quienes tambien se enseñan muchas cosas, ó por medio de la industria tenaz, ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve, aun quando no se emplean para ello estos dos medios destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razon dicta confirma la experiencia. Tú misma sabes cuántas moneditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun quando ni sabia hablar ni enten-

dia mejor que ahora lo que la enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendia á hacer mil monerías, y las aprendia á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños; pues vemos que estos aprenden sin él.

Bien está, decia Matilde; pero si mis tias dicen que no se puede ménos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudentiana, porque mientras mas grande sea, mas trabajo costará que aprenda: ¿qué quieres que yo diga quando sabes que mis tias son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yó, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado?

¡Válgate Dios por experiencia! decia el coronel: ¡válgate Dios por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy fácil te desprendas.

No me admiro de que así te haya acontecido, ni eres tú sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿qué personas? De aquellas que se llaman gente decente, y que huyendo de ser y parecer vulgares por su nacimiento, educación y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

Ello es un mal mas comun de lo que se crée; y cuando las preocupaciones se manman con la primera leche, cuesta mucho trabajo abandonarlas: á veces se resiste á toda la persuasión, y entónces la enfermedad es incurable.

Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necedades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives, es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sabios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como craso.

Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y así se lo debes inspirar á tu hija; porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez.

Tambien es cierto que debemos escuchar á los ancianos conatencion, pues por lo ordinario hablan con juicio y madurez; y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

Todo esto es cierto; pero no lo es ménos que estas no son reglas generales; ántes bien tienen mil excepciones. Todos los dias y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros .... No, decia Matilde: mis tias no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojalá fuera yo como ellas!

No te enojés, hija, respondía el coronel: yo no hablo precisamente de tus tias. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras, y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instruccion; pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será que te den una pedrada por dar á otro, ó que te la disparen con puntería, y el médico que desée curarte se hará cargo de la incision sin necesitar sa-

ber como te dieron la pedrada. ¿No es esto?

Es así, decia Matilde: ya te entendí; pero ¿á qué viene eso? A hacerte ver, respondia D. Rodrigo, que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos; pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, así el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, supersticiosos y embusteros, segun te acabé de decir, y como tú misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuantas veces has criticado conmigo las conversaciones de D. Tadeo y D.<sup>a</sup> Sinforosa.

Bien me acuerdo, decia Matilde; pero si esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quién ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, bigotes, guardapieses, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnics, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros dias? ¿Ni quién ha de

creer que ántes eran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir D. Tadeo? Tú me has dicho, y yo lo creo porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo, y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mugeres arrojadas: que al variar de vestir, comer &c. se le ha llamado *moda*, y que esta variacion ha sido muy continuada en las mas partes de la tierra, especialmente en la Europa. . . . En fin, me has dicho tanto, que ya no me acuerdo; pero he quedado asegurada de que Don Tadeo es un tonto, y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos, decia el coronel; porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto. ®

Pero dime: qué juicio has formado del maestro barbero de casa? Este á lo ménos no te deberá tan mal concepto.

¿Cómo no? decía Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debe peor concepto; porque no solo lo tengo por tonto, sino por mentiroso. ¡Jesus qué hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables.—Pero eso lo cuenta por divertirnos.—¿Qué por divertirnos! ¿no ves qué formal se pone, y cómo se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? Pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un viejo majadero.

¡Ah! conque tú conoces algunos viejos tontos y majaderos, cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decía Don Rodrigo prosiguiendo. Después de todo, hija, tú tienes razón. ¿Qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el Eclesiástico nos dice que tres cosas abomina y detesta de todo corazón, á saber: El pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y viciosos. Ahora ¿en qué piensas consiste que haya tal cla-

se de viejos, que no son muy pocos? No sé, decía Matilde.—Pues sábete que no consiste en otra cosa sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sabios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así por necesaria consecuencia, cuando viejos, unos son unas máquinas semovientes, y otros (estos son los peores) sobre necios, son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burletas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! porque lo que se siembra en la mocedad, eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mugeres lo mismo que los hombres.

Todo está muy bueno, decía Matilde: estoy convencida de esas verdades; pero ¿á qué ha venido toda esta charla? Comenzamos por los niños, y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decía Don Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos ha-

blado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sabios, hay viejos ignorantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudición solo por haber nacido ántes que otros.

¿Eso quién te lo niega? decia Matilde. Ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicación ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decia Don Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creerás cuanto te han contado ni te cuenten tus tias, solo porque son viejas; porque no debemos cautivar nuestro entendimiento á sola la autoridad, si no hallamos apoyo en la razon ó en la experiencia. Solo en materias de fe no cabe esta regla; pues debemos sujetar el juicio á la revelación, de que tenemos noticia por una tradición antigua é inalterable; circunstancia que aun segun el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religion. Quizá otra vez te hablaré de esto con mas despacio. Por ahora repito, que solo en materias de fe hemos de creer con

sujecion á la autoridad; pero en materias humanas somos libres para examinar si puede una cosa ser verdad ó no, sin miramiento alguno á la persona que lo dijo; y cuando la razon ó la experiencia nos persuadan que es falso lo que nos han dicho, no solo podemos, sino que debemos despreciarlo, sea cual fuere el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen se halla, ademas de confirmada por la razon y la experiencia, recomendada por la autoridad de los sabios, entónces seremos insensatos ó locos si queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo solo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles; y esto quisiera yo que lo creyeras solo por que soy coronel y tu marido, sin darte otra razon, seria una necedad mia, y tú no deberias creérme, si tenias otras ideas que te convencieran de lo contrario; pero si despues de haberte señalado la causa de lo que te digo por la razon y por la experiencia, añadiese las autoridades de un Ciceron, de un

S. Gerónimo, de un Blanchard, de un Fanelon y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad no solo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion porque la ves corroborada por la razon, la experiencia y la autoridad. Entónces ya me debes creer, y abandonar como boberías los máximas de tus venerables tias, reirte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su complexion mas delicada, á su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar á Pudenciana segun mi modo, sin sujetarte á otro alguno contrario. ¿Qué te parece? á esto ha venido toda la conversacion de los niños y los viejos: ¿qué dices?

Qué he de decir, contestaba Matilde, que estoy perfectamente convencida de cuanto dices. La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé á mis tias y á las que no sean mis tias con mas

cuidado: reflexionaré en lo que me cuentan: haré lugar á la razon con imparcialidad; y si esta se declarare en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan mas canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán ménos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres,

recluírlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó como sirvientas, pues, á lo ménos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres; pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convezas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa docilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de

talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de sus ménos familiares asuntos: me amaban como hijo, y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

### CAPITULO III.

*En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.*

Cada instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarle ahora con la misma exactitud; y así nos habrémos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo conservo en la memoria.

recluírlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó como sirvientas, pues, á lo ménos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto su inclinacion perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos, y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres; pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convezas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa docilidad de carácter que tienes, decia el coronel, es una señal segura de

talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de sus ménos familiares asuntos: me amaban como hijo, y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

### CAPITULO III.

*En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.*

Cada instante tenia yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto advertí, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma exactitud; y así nos habrémos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo conservo en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y la niña Pudenciana permaneció en su casa hasta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso el coronel al cuidado de una señora que unia á sus finos principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un carácter propio para aya ó maestra de niñas.

Tenia pocas, porque sabia que el cuidado repartido entre muchos discípulos ó educandos, tocábales á nada; y vale mas educar y enseñar bien á diez, que mal á veinte. Con esta bella máxima estaba en continua observacion sobre sus pocas discípulas, y no les perdía movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas la tuvieran mucho respeto y cometieran ménos faltas.

Para enseñarlas, jamas empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter entre serio y afable era propísimo para inspirarlas amor, confianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien no las hacia estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejem-

plo, decia á las niñas: En cuanto sepan la leccion ó acaben su labor, se van á jugar hasta que sea hora de rezar. Con esto se apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar cuanto ántes del asueto, y la que no se aplicaba, tenia que estarse sentada con la maestra hasta que aprendia la leccion.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocia el azote ni la palmeta para nada: mucho ménos habia la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicacion ó de talento no hacian bien la labor. El estilo serio y enojado que la maestra usaba con las desaplicadas en este caso, era un castigo atroz y las mas veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra máxima recomendable observaba, que deberia admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela; porque decia que tenia mucha experiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos, aun en los tiernos años; que habia advertido por esta causa hechos maliciosos en criatu-

ras de cinco y seis años, que contados se harian increíbles para los que no conocen la depravacion de nuestra naturaleza espoleada con el mal ejemplo; y por último, decia que las maestras que tienen esta mezcla, deben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre sí una responsabilidad muy grave; lo mismo que los padres que advertidos de estos inconvenientes envian á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educacion ningun pudor es nimio.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maestra á cuyo cuidado fió el coronel la enseñanza de su hija Pudenciana.

Fácil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que D.<sup>a</sup> Matilde era una buena casada, y por lo mismo jamas se oponia á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo, no le pareció muy bien que se pusiera tan tarde su hija á la amiga, y no dejaba de darle sus piquetitos. Me acuerdo que un día le dijo: ¡Si vieras qué gracias de Pomposita! ya sabe

leer muy bien y la doctrina que es un portento. Ya se vé, como fué á la amiga á buen tiempo.... Si mi hija hubiera ido entónces, ya sabria tanto ó mas; pero tú eres su padre, y sabes lo que haces.

El coronel la entendió, y sonriéndose la dijo: ¡Qué cándida eres, hija! qué engañada estás! ¿Conque piensas que porque tu sobrina está dos ó tres años hace en la amiga ántes que tu hija, sabe mucho y lo sabe bien? ¿Crees que nuestra Pudenciana ha perdido el tiempo y no sabe nada? Pues te engañas, ¿Qué dijeras si yo te probara que tu sobrina no ha aprovechado cosa, y que en puntos de doctrina, tu hija sabe mas ella, aunque la otra sabe de memoria el catecismo del padre Ripalda de principio á fin, y tu hija no?

Yo me sorprenderia, decia Matilde, porque no concibo cómo una niña que ha estado en la amiga tres años hace, sepa menos que otra que lleva ocho dias de escuela.

Pues no es un arcano, respondió el coronel: lo que no se aprende bien, nunca se sabe bien, y mas vale ignorar una cosa del todo, que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere

aprender bien: uno es saber bien lo que le enseñan, y otro olvidar lo que aprendió mal; esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya verás que poco ó nada sabe tu sobrina, y que ningunas ventajas llevá á tu hija, pues esta dentro de un año ó ménos sabrá leer bien, y aquella jamas, si no olvida ántes leer mal, lo que es tan difícil como doble trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabe mas Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquella sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende, y nuestra hija tiene ideas mas perfectas y mejor concebidas de su Religion, aunque nada sabe como el loro. ¿No le has preguntado quién es Dios? cuáles son sus atributos? dónde está? qué le debe? quién es ella? y en qué se diferencia del pájaro, del perro y de otro cualquiera bruto?

En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla; pero como estoy satisfecha de

que ni sabe leer ni va á la amiga á oír rezar, pensé que no podía aprender muy fácilmente nada de esto.

Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel: Pudenciana me ha entendido, porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias, adecuadas y perceptibles á su edad. . . . Mas ella viene: quiero que te desengañes. Ven acá, mi alma, oye: dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina, ó que se te ha olvidado, y para que lo crea, dile quien es Dios.

La Santísima Trinidad, dijo la niña, y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son mas que un Dios, y este Dios es un Señor muy santo, muy bueno, muy lindo, y. . . .

¡Sí, sí, dijo su padre interrumpiéndola; pero tu mamá quiere que le expliques cómo es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios, aunque tiene tres personas.—¿Pues no me has dicho, papá, que así como tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no mas, porque las tres cosas distintas todas, son de un mismo paño, y tienen un mismo

uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son mas que un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad y de una misma esencia, así como las piezas de tu casaca son distintas, pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá?—Sí, hija, eso te he dicho, y me has entendido bien. Mas ahora dime ¿qué casa es Dios, que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

Ya no dije, papá, respondia la niña, que es Dios un Señor muy bueno, muy poderoso, muy sabio y muy lindo?—¿Y de qué tamaño es Dios?—¡Oh! tú me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mundo, y yo y todo estamos como dentro de Dios, así como estamos dentro de la luz. Pues dime, seguia su padre, ¿aquí cuántos estamos? Cuatro, decia la niña, Dios, mamá, tú y yo. (\*)

(\*) Cuando Diderot no deliraba en asuntos de religion, decia: „Si yo educara á un niño, le daría infinitas señales indicativas de la presencia de la Divinidad. si hubiera una tertulia en mi casa, le acostumbraria

Hizole un cariño su papá, la despidió á jugar, y dijo á Matilde: Yo no he querido mortificarla con hacerla responder cuanto sabe, porque no la sean fastidiosas estas materias; pero por lo que has oido conocerás si es imposible ir instruyendo á una niña de cinco años en su religion, haciéndosela conocer por principios. De este modo cuando llegue el caso de ponerlas el catecismo en la mano, lo leerán con gusto, porque entenderán lo que leen.

No así aquellas pobres criaturas que no teniendo mejor maestro que el catecismo, lo devoran de memoria sin entender una palabra de cuanto les hacen aprender. Todo el empeño de las personas que las instruyen, si esto merece llamarse instruccion, consiste en que digan seis ó siete declaraciones sin turbarse, y se dan con esto por muy satisfechas. De camino hacen otro daño, y es celebrar la gran memoria y comprension de las criaturas que las rezan, con lo que estas creen que saben mucho y que entienden la doctrina

que dijese siempre: *Estamos cuatro: Dios, mi amigo, mi director y yo.* De esta máxima se valió el coronel, y se pueden valer otros padres de familia para el mismo fin.

como el que mas: se llenan de vanidad, y esta vanidad crece con ellas, y como hija de la soberbia é ignorancia, no las deja ni dudar que no entienden lo que dicen. El menor daño que se sigue de esto, es que cuando grandes, si son madres, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas del catecismo conciliar de memoria, pero ninguna de inteligencia.

Cansado estoy de oír algunas criaturas responder de memoria ligerísimamente algunas preguntas del catecismo como el perico. Por ejemplo, si se les pregunta: *¿Quién está en el Santísimo Sacramento del altar?* responderán con mucha satisfacción: *Jesucristo nuestro Señor en cuerpo y alma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hostia como en el cáliz, y en cualquiera partícula.* Muy bien respuesto; pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta? Nada ménos. Pregúntales: *¿Quién es ese Jesucristo? qué cosa es cuerpo? cuál es alma? qué entienden por gloria? por partícula, &c.?* y las verás enmudecer.

Esto es una lástima. Son muy funestas las consecuencias que se siguen de esta

clase de enseñanza. Dentro de Méjico y en todas partes se ven cada dia personas ignorantísimas de su religion, que abrigan las ideas mas erróneas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia solo se advierte en la ínfima plebe, gentes ordinarias y sin ningunos principios de educacion? No, hija: yo te hablo con experiencia, y te aseguro que no son pocos los decentes infatuados y llenos de errores en materias de religion.

Si esto no fuera, no hubiera tanta corrupcion de costumbres como hay; porque el que ignora quien es Dios, cuál su bondad y poder, qué cosa es el espíritu, cuál y qué justa es la fuerza de la ley, y todo lo demas que tiene la religion de conducente á la moderacion de las pasiones, al deseo del bien y aborrecimiento del mal, no es mucho que obre casi siempre con un error culpable, cuando no sea con una obstinada malicia. En fin, el que sabe su religion fundamentalmente, tiene mucho freno para sujetar sus desordenados movimientos, bastante motivo para reconocer al Criador, y poderosos auxilios para volver al camino de la verdad, aun cuando se haya extraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante, el que no sabe de su religion sino lo que dice el catecismo, sin entenderlo, tiene cuanto el diablo ha menester para extraviarlo y que se quede así hasta la muerte. Acaso no hubiera habido tanto herege, si no hubiera habido tanto ignorante de su religion católica; pero como han carecido de sus principios, y han desconocido sus apoyos, fundamentos y solidez, han sido demasiado fáciles en abrazar aquellos errores con que una nueva secta lisonjeaba sus pasiones con una libertad criminal. Mahoma era un ignorante audaz; pero conociendo el natural apetito de los hombres al libertinage, y su torpe ignorancia en asuntos de religion, se valió de esta misma ignorancia y corrompido deseo, permitiendo á sus sectarios la poligamia ó el uso ilimitado de mugeres.

Con mas finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot, y otros que escribieron llenos de contradicciones, y quizá, ó sin quizá, contra lo mismo que sentian en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares; (\*) pero

(\*) Léanse las Helvianas ó cartas filosóficas tradu-

siempre sin perder de vista el lisonjear el desarreglado apetito de los hombres hácia la libertad, ó llámese mejor libertinage.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su zizaña; pero quién seguirá los pasos de un ciego, sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho conocerás cuánta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religion por principios, y qué poca confianza se debe tener de que la entiendan aquellos que solo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre puntos tan interesantes, y en otra te haré ver. . . ¿qué digo? te demostraré hasta la evidencia que el desacato, el fanatismo y la supersticion que se nota entre los cristianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los hereges, no tienen otro origen que la ignorancia de nuestra religion; ignorancia que no seria tanta ó ninguna, si los padres y madres por sí, ó por personas sabias, procuraran instruir á sus

*cidas del franees por D. Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones. en que incurrieron muchos de estos filósofos en materias de religion.*

hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

En verdad que yo la envidiaba, decia Matilde, porque estaba entendida de que sabia leer y la doctrina. Ya se vé, yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto dices bien. De nada sirve saber las cosas mal, esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, segun me explicas.

Me acuerdo que ya como un año ó mas, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mí me hubie pasado me habria corrido demasiado.

Pues mira tú que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabia toda la doctrina. El padre franciscano que desde luego pensaba como tú, despues de haberla oido rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó: *¿Quién es Dios?* A lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha flemma la volvió á preguntar: *¿Conque el Padre es*

*Dios?—Sí es.—¿El Hijo es Dios?—Sí es.—¿El Espíritu Santo es Dios?—Sí es.—¿Son tres dioses? No, sino uno en esencia y trino en personas.—*Muy bien, decia el religioso: *¿El señor es padre? y el señor? señalando á los clérigos. Sí son, respondia la niña—¿Y yo soy padre?—Tambien.—¿Y cuántos padres hay?—Tres.—¿Pues cómo está eso de que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y no sean tres dioses? Vaya, á ver como lo entiendes.*

Pomposita, atacada con la comparacion, enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre, como diciéndola que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponía colorada. El padre franciscano, para rematar el cuento, preguntó á Pomposita: *¿Luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Sí estamos,* respondió la niña; *porque no lo podemos cumplir sin entenderlo. Considera tú el café (\*) que tomaria Eufrosina con semejante reprension.*

Es preciso confesar, dijo el coronel,

(\*) Frase comun en Méjico, con que, hablando familiarmente, se dá á entender que alguna persona se avergüenza ó se incomoda. Suele decirse, *café con moscas*, y así se entiende mejor.

que el buen religioso se olvidó en aquel lance de las reglas de la prudencia y urbanidad. Cuando se examina á alguna criatura, es menester considerar su edad, su estudio y sus potencias, y no hacerles jamas unas preguntas ni argumentos que sean superiores á sus luces.

La retorsion que le hizo á nuestra sobrina, era demasiado fuerte para ella, y no fué mucho que no la resistiera. Hay algunos genios tan pedantes, que así arguyen á las mugeres, á los niños y á los legos, como pudieran á un sustentante al pié de la cátedra. Sus preguntas mas se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerles lucir. Entendimientos flacos y cobardes, que se lisonjean con tan pequeños triunfos!

Si la niña le hubiera dicho: Hay tanta desproporcion y diferencia de la comparacion que V. me pone con el objeto que yo explico, ó con la Trinidad que creo, cuanto hay del ser al no ser, y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fe me lo enseña; aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprendible á toda pu-

ra criatura inteligente; y siendo un Ser infinito, solo un entendimiento infinito puede comprenderlo: no habiendo otro entendimiento infinito mas que el suyo, se sigue que solo Dios se comprende perfectamente, solo Dios sabe quién es Dios, hasta donde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sabia y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamas á definir la esencia divina, ni á comprender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Cómo quiere V. que yo lo explique dignamente? V. mismo con su borla y teología, ¿qué digo yo V. mismo? Santo Tomas, S. Agustin, S. Gregorio, el eximio Suarez, y cuantos teólogos profundísimos ha respetado al mundo, no explicaron jamas este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fe. San Francisco de Sales decia, hablando con Dios: *Señor, vos seriais muy pequeño si pudiérais ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Pero de que este misterio sea incomprendible, no puede seguirse que no existe. Semejante ilacion seria el mas extravagante disparate. De que no conozcamos

ó no entendamos una cosa, no se deduce que la cosa no sea tal como en sí es. ¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos, y no saben lo que son? La electricidad, la atracción del Norte al iman, la del iman al acero, la del azabache á la paja, &c. &c., las ven los hombres, hablan, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de estos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los comprenden. Todos sus adelantos en esta parte se han quedado hasta hoy en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero qué mas? No podemos dudar que tenemos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma ó lo que se quiera, superior á nuestra materia, una facultad intelectual que no goza la planta, la piedra, ni el bruto: que se mueve y vive á nuestro igual; y sin embargo, ¿quién sabe lo que es esta alma? ¿quién explica el mecanismo de sus funciones? ¿quién sabe como piensa? ¿quién entiende bien los fenómenos del sueño? ¿quién define la causa del trastorno de un loco? . . . Mas para que es cansarse. ¿Quién es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie. Pues si el hombre no sabe quién es el hombre, ¿có-

mo tendrá osadía para definir á Dios, rastrear sus misterios, ni analizar sus perfecciones?

Si mi sobrina hubiera respuesto de esta manera al padre, hubiera quedado bien; pero seria una simpleza esperar semejante respuesta de una niña de cinco ó seis años.

Lo malo que hubo en esto fué la indiscreta alabanza de la madre, que aseguró sabia bien la doctrina, cuando no sabe sino el catecismo de memoria.

Es verdad que no todos debemos entender los misterios de la fe como los teólogos; pero todos debemos entenderlos lo mejor que podamos, y no contentarnos con retener palabras de memoria. En fin, no todos estamos obligados á ser teólogos; pero todos lo estamos á ser buenos cristianos, lo que no puede ser sino entendiendo la religion de Jesucristo y sus principales misterios conforme nuestra capacidad, y con arreglo á lo establecido por la santa Iglesia.

Cada conversacion de estas era una leccion oportuna que el coronel daba á su esposa; y como la daba con tan buen modo, jamas dejaba de coger el fruto que queria.

¡Qué diferente es el estilo de aquellos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mugeres con dureza é ignorancia! tal modo es mas propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez, las mugeres se obstipan, no se corrigen: aborrecen á los hombres; y como se resfria cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que quieren que hagan. ¡Cuánto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

D.<sup>a</sup> Eufrosina, ó llámese la Langaruto, (para ir con la moda de nombrar á las mugeres por el apellido de sus maridos) no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga ántes de tiempo segun se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco mas su salud, y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de estas maestras, pues las tenia de sobra con su mamá y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña, y este nombre *moda* era pronunciado por ella á los cinco años con dema-

siado gusto é inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba; y todo lo que sabia que se usaba, era para ella su ídolo favorito.

Era cosa admirable oirla reñir con el zapatero ó el sastre cuando no le traian una cosa á su gusto. „Maestro, solia decir al zapatero, ¡qué zapatos tan feos! no me cuadran, son de vieja: yo los quiero de moda, no como estas figuras.”

Por desgracia jamas faltaban aduladores de la madre, criadas de casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el necio proceder de la niña. Unos decian: Bien haya la señorita que no es tonta. Otros: ¡Qué viva es! todita á su mamá. Otros: Dios la guarde. Y todos á porfia apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza.

La madre, que ó no entendia ó afectaba no entender el idioma de la adulacion, se ponía mas esponjada que huajolote, (\*) al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y esta se hinchaba como sapo advirtiendo sus elogios.

La educacion que Eufrosina la daba en

(\*) *Pavo silvestre.*

orden á los criados, no era ménos ridícula y reprehensible; porque despues que permitia á la niña estar en la cocina, y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, las reñia altamente al menor descuido de atencion que observaba usaban con su hija, como por ejemplo: llevar la mancerina sin servilleta, el vaso del agua no muy limpio, y cosas á este modo. Entónces habia en casa niña segura. ¡Cómo es esto, decia la señora: atrevida, grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¿no ves que es tu ama? has pensado que es otra como tú? Cuidado con tratar á la niña con tan poco respeto, porque te mudarás noramala de mi casa.

La tal niña que advertia esto muy bien, concebía el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que la inspiraba su mamá, ya despues no las trataba como sirvientas sino como esclavas, (\*) es decir, punto ménos que bestias. ¡Infeliz de la criada que tenia el mas mínimo descuido con ella á la edad de siete años,

(\*) *Muy mal hacen los que tratan á sus esclavos tiranamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados a salario son hijos de Dios y semejantes nuestros.*

porque despues de tirarle con el trasto, la llenaba de improperios, y esto aunque fuera la criada ó criado un viejo ó una vieja. Ella no miraba edades sino situaciones; y como la suya era superior, dominaba las de sus domésticos á su antojo, y mucho mas contando, como siempre contaba, con la aprobacion de su necia madre.

Ya se deja entender que á todos los criados tuteaba aunque tuviesen la cabeza mas blanca que la pita de maguey: pero en medio de esta ridícula soberanía, pecaba la madre por el extremo opuesto, permitiéndola la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir, y entre tanto la niña se iba á la cocina, y entónces léjos de la mamá, no solo era una con las criadas, sino que las sufría mil llanezas que usaban con ella, á ferias de melcocha, orejones, (\*) calabaza cocida, y otras golosinas, que por ordinarias no ponian en la mesa, y á la niña cogian en deseo, y provocaban su apetito por la privacion en que sus padres la tenían de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solian decirle

(\*) *Ruedas de manzana pasadas al sol.*

estas: Niña, ¿por qué es V. tan perra y tan soberbia? ¿por qué nos trata tan mal delante de la señora? Y entónces la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad, les decia. „Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar así: ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo. Ella me dice que os acuse, que os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estais atenuadas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hiciereis os echarán noramala de casa.” Ya se vé que la niña hablaba la verdad: su madre así lo decia; y estas seguramente son unas máximas bellísimas y oportunas para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos que tienen la desgracia de servir las.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no estar en ella, era la niña enviada á la cocina por órden de su mamá miéntras trataba algunos asuntos importantes con personas que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas

sirvientas, para entretener el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejos á la niña. ¿Y qué cuentos eran estos? ¡Friolera! cosas importantísimas y dignas de que las supiera una niña decente y que no se querria contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerías, brujas, amuletos, talismanes (\*) y trescientas mil sofamas y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura; pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se descrée en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han experimentado un milagro verdadero, ni se han hallado un real enterrado; y sin embargo,

(\*) *Talismanes: figuras hechas de algun metal ó grabadas en una piedra con correspondencia á los signos celestes, á los que supersticiosamente atribuyen alguna virtud. La manita de azabache, el colmillo de caiman contra el aire, el ojo del venado contra el mal de ojo, el chupamirto para hacerse amables las mugeres, y otras supercherias semejantes que aun respeta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.*

defienden á puño cerrado estas cosas, y aun las confirman con sus canas, años y autoridad á costa de mentiras, dándose ellos mismos por testigos, y aturdiendo con esto á los simples que los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educacion moral de Pomposita. Miétras mas crecia en edad, se perfeccionaban las facciones de su cara. Estas, juntas con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque en efecto era habladora, la hacian célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudian de bonita, viva, discreta, salerosa y curra. ¡Elogios malditos y dañisimos en los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y bárbaros aduladores cuanto las perjudican, haciéndolas teraces partidarias de la moda, orgullo y presuncion.

No es de extrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado necia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, miétras mas se adelantaba en edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento

con mas perfeccion, su soberbia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomodaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á quanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba mas tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamas los hubiera distinguido por sus empleos y caracteres. Oiga V. Herrera, mire V. Rios, escuche V. Valdes. . . . Este era el modo con que la niña nombraba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles &c.

Acuérdome que una vez la oí llamar á un caballero con estas voces: *Marquesito, marquesito*. Confieso que pensé que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marques de S. hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia; pero en verdad que unos decían que era franca, marcial, del dia, y que sé yo: y otros la tenían por una muchacha mal criada. En efecto, yo no soy calumniador. La pobre niña no tenía la culpa: veía que su mamá y otras señoras trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente. ¿Qué había ella de hacer sino seguir su ejemplo?

Sin embargo la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papá el coronel la tenía enseñada á que distinguiera de sujetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los currillos y mocitos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y personas de distincion, los nombraba con respeto: de usía ó usted segun su clase.

Este modo la conciliaba el aprecio general, pues los jóvenes tertulios se veían tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban y mas en una criatura tan pequeña. Todos la abrazaban, la celebraban, y la tenían por una niña bien criada, porque sabia dar

á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del dia.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que D. Di nisio disimulaba con prudencia.

No tenía tanta Eufrosina la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando explicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entre colérica y sonrojada Eufrosina dijo al coronel: Y bien, hermano, habrá V. quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no, no se engría V., porque, yo siento decirlo, al fin estimo á V. como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero la verdad, la está V. dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una muger para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorías ó usted, hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas, son vejestorias, antiguallas y payadas. No señor, las mugeres siem-

pre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy bien las atenciones de los hombres á quienes har- to favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestándonos las mugeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas llanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, ¿qué fuera si nos humilláramos como las payas? ¡Jesus! nos quisieran tratar á la baqueta, se darian por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearian sus obsequios y comedimientos, y creerian tener en cada señorita una criada mas á quien mandar. Yo digo á V. esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demas V. es su padre, y hará lo que le diere gana. En todo caso V. no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya V. ve que estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hacer medio santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban

á mi hija como á la de V. sin saber por que alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café y el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya V. vé qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos, tontos, viejos, hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que V. hará lo que le dé la gana, pues al fin es su padre, y yo no me debo meter en la renta del excusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermón que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: V. hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda; porque es muchacha y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger.... Y dígame V. ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué, tiene baile la Tello?—Sí tiene: si se ha casado Carmelita.

—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Sí, hermana, coman VV., que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestacion con su cuñada; pero como Matilde habia oido hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cuál de las dos crianzas seria la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, la dijo: Tu hermana habló como una muger necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque seria infructuosa á los dos; yo no tenia que aprender nada de ella, ni tampoco queria ella vencerse de mis razones; mas á tí que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana; porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningun título, alguna superioridad

sobre los hombres, como cree tu hermana.

Por la ley natural, por la civil y por la divina, la muger hablando en lo comun, (\*) siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza, siempre sabia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso para que esta misma debilidad física de que hablo, les sirviera como de parco ó excepcion para conservarse en aptitud para ser madres, y sostener la duracion del mundo. Creo que no me entiendes: te lo diré mas claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos, su sapientísimo Autor, no concedió á las mugeres la misma fortaleza que á los hombres, para que estas, separadas de los trabajos peculiares á aquellos, se destinasen únicamente á ser las delicias de la mitad del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagacion del linage humano.

Cuando te digo que las primeras y principales, no quiero excluir á los hombres

(\*) Los ejemplares que se pueden citar de algunas mugeres que sentadas en los tronos han logrado no solo la absoluta independenciá de los hombres, sino la dominacion sobre ellos, son excepciones de esta regla.

de esta primacía; no te hablo como físico ni como médico. He leído algo del arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé por qué; pero no me toca explicarlo, ni á tí te impertamuchó el saberlo. Te hablo únicamente como filósofo; y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora sí pienso que has comprendido cuan gravoso es el cargo de una madre, cuan recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuanta razon la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles infinitamente por otra. No tenga, dijo en el acto de su formacion, no tenga la muger la robustez del hombre que rinde á una fiera; no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento; carezca del teson del es-

tudioso que entre libros y vigiliass se consumen por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el origen y modificacion de las pasiones de los hombres.

Quédense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio: resérvense los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan la física, química y matemáticas; arriésguense á los mares, y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el íris de sus disturbios, el imán de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas, y el último consuelo en sus adversidades y desgracias; quédese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el depósito de los sabios, el abrigo de los generales, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto es la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se crian

los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mia, cuanta es la dignidad de las mugeres consideradas como esposas y madres de familias, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, después de todo, esta misma debilidad las hace *inferiores á ellos por ley de la naturaleza*.

En consideracion á estas cosas, las leyes la han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privacion resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo, que los hombres en haberlas excluido de estos cargos, no han hecho mas que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hombre que las vitupere por razon de la diferencia del sexo, debe ser declarado por necio, y por ingrato; pero al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente las mugeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. ¡Qué

bien se acomodaria una muger con un niño en los brazos asido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusil! Lo mismo digo de una pluma, un formon, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres; era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mugeres sean inferiores á los hombres por ley divina, no tiene duda. Expresamente condenó el Señor á Eva, y en ella á todas las mugeres, á estar sujetas á los hombres en castigo de la culpa original. Esto todos los saben; y así insistir en ello parece que toca en bobería....

¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde; pues á mí me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mugeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó á lo ménos que no lo créa mucho.

Tienes razon, dijo el coronel; tu persuasion es justa, y segun ella debes tener á tu hermana por una necia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infinitas mu-

geres que piensan como ella; mas en obsequio de la verdad y de tu sexo, debes disminuir á lo ménos el cargo que las resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

¿Cómo no? decia Matilde; ¿pues quién la tiene?

Los hombres, dijo el coronel; los hombres que las dan la primera educacion moral en su niñez, y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mugeres, especialmente en las jóvenes hermosas; así como son recomendables cuando piensan con juicio y solidez las mugeres que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decia Matilde, lo que yo saco por consecuencia de tus conversaciones es que tú unas veces te manifiestas enemigo de las mugeres, y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

Eso es porque no quieres entenderme,

reponia el coronel; yo jamas he sido enemigo de las mugeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso objeto de satirizarlas; sino con el loable fin de que los corrijan, á lo ménos tú que me entiendes; y esto tan léjos está de probar que las aborrezco, cuanto manifiesta mi decidido amor hácia ellas; y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es, no defiando á las mugeres por ser mugeres, ni las lisonjeo con exonerarlas de toda la culpa que las echan los hombres; sino que en todo cumpla con lo que me dicta la razon.

¿Acaso crees tú que las mugeres fueran como son, si los hombres fueran como debian ser? De ninguna manera. Pero ¿cómo quieres que una niña sea humilde, honesta y moderada, si su madre por culpa de su marido es altanera con los criados, altiva con las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y necia en todas partes? ¿Cómo quieres que la dicha niña, malcriada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si la toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de Don Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda, porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion; se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el deprovado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todas y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

#### CAPITULO IV.

*En el que se trata una materia entretenida.*

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, é ya porque no se saben escoger. El Espiritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel trataba de inspirarla. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte es menester no salir de casa. ¿Qué clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le da su madre por culpa de Don Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, necia y abandonada en la educacion de sus hijos, así como lo fué su madre, y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidioso, condescendente y abandonado.

Esto parece que no tiene duda, porque todos saben cuánto influye el ejemplo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion; se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se ve, y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir, que yo cuando reprendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el deprovado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir, sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todas y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.

#### CAPITULO IV.

*En el que se trata una materia entretenida.*

No es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, é ya porque no se saben escoger. El Espíritu Santo dice que *la muger buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues mereció lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel trataba de inspirarla. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que

él no desmerecia tal concepto, pues no se contentaba con decirlo lo que era bueno ó malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la experiencia, y para asegurarse de que ella no accedía á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capítulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo: aunque el otro dia me dijiste tantas cosas para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres; yo la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por estos lo contrario de lo que debia ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este

particular soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi sexo, ó sea la *culta moda* como ella dice; mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de que me dices bien: pero veo que los hombres practican con nosotras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles; las que no harian, si no estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes nos significan sus rendimientos, de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo la verdad, quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario, se portaran como los hombres con las mugeres. ¡Oh! en tal caso qué bien servida estuviera de mis criados.

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, la da el mejor lugar, y la presenta su brazo: si lo visita, la baja la escalera: si sube al coche, es la primera, la da la mano y el asiento superior: si está en la

mesa, la sirve los platos y la copa: si entra en un baile, se levanta, la cede su lugar, y él se queda en pié: si juega, ella alza y es preferida ántes que el hombre: si entra en el templo, la da e agua bendita: si alguno la ultraja, la defiende: si se le cae algo de la mano, se apresura á levantárselo: si ella se enfurece y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con un humilde sufrimiento. . . . En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no tenemos tal superioridad solo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver cómo está eso para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana que ya admito.

Lo es en efecto, le dijo el coronel, y es un error origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca;

mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los exigirá como unos derechos debidos á su soberanía por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos las han tributado sus respetos, como dijiste. Lo contrario, siempre han hecho las mugeres en el mundo el papel ya de señoras, y ya de esclavas de los hombres, á proporcion del capricho de estos y de las costumbres de los paises que han habitado. Mr. Tomas, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á substituirlos, ni ménos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usurpar la gloria que se merece este célebre frances; y así te referiré sus párrafos al pié de la letra.

„Si examinamos, dice, los paises y los siglos, verémos casi en todas partes adornadas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó perder el hombre la menor ocasion de abusar de su fuerza; ántes bien se prevaleó siempre de la debi-

lidad de su sexo, prestándole al mismo paso homenaje á su belleza, y haciéndose á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazón, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas; pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin exponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud y amenaza sus dias: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiendo cada dia: entónces no les queda mas protección y auxilio que el triste derecho de la compasion, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida."

„Hasta la misma sociedad les aumenta los males de la naturaleza. Mas de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvages, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo físico

del amor, feroz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad, pero inclinado al ocio por una pasión casi insuperable; ignorando asimismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas, que haciéndolas iguales suyas la razón, las sujeta no obstante por su debilidad y flaqueza. Las mugeres son entre los indios (\*) lo que eran los Ilotas entre los de Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacia que en las crillas del Orinoco, movidas las madres de compasion, solian matar á sus hijas luego que nacias, creyendo que esta compasion bárbara era una especie de obligacion."

„Entre los orientales vemos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclavitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y

(\*) Habla el autor de los indios bárbaros y salvages: bien que nadie lo desmentiria si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos mas vergonzosos; pero de esto se hablará en su lugar.

consagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japon y en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beldad esclava espera siempre los caprichos de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tiene mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo: sus triunfos no son sino instantáneos; pero sus competencias, odios y furores son el ejercicio de cada dia. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el mas tierno amor; ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imagen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, deshonoran los dos á un tiempo: allí (\*) finalmente, no sirve su educacion sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

(\*) *Habla de los eunucos ó esclavos castrados que los guardan.*

„En aquellos países templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas, tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisieron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia, la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes: en otros estan sujetas á los indisolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el odio. En aquellos países donde son mas dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas: en lo que mira á disponer de sus bienes, véense privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma: hállanse rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparádoles ó dis-

poniéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonra, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó ménos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, segun los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como es la del orgullo; otras es violenta y terrible, cual es la de los zelos; de suerte que cuando no son amadas no son nada, y cuando son adoradas estan expuestas á mil tormentos; y así tienen que temer igualmente tanto el amor como la indiferencia. Por fin, parece que la naturaleza las ha colocado en las tres partes de la tierra, entre el menosprecio y la infelicidad. . . .”

„Sin embargo, es preciso confesar que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos paises se tributaron públicos respetos á las mugeres: las artes las han levantado monumentos, y la elocuencia ha celebrado sus virtudes.”

Hasta aquí Mr. Tomas á nuestro intento; y ya ves, segun esta pintura, que las mugeres léjos de haber disfrutado generalmente los gages de aquella soberanía á que se consideran acreedoras, casi siem-

pre, ya mas, ya ménos, han sido el juguete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde; pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mugeres inferiores á los hombres; porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura, cuanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir sexo.

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo la alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parece que les son peculiares, ó á lo ménos se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mugeres son naturalmente mas

compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el sexo devoto*. Así tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con la que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que la alma de las mugeres tenia alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia recíproca que tiene el cuerpo del espíritu, y este de aquel, quiero decir, somos compuestos de dos naturalezas enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual: como las dos estan tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como maravilloso. Apénas se enferma el cuerpo, cuando se resiente el alma y se entristece; y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo. Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque

al cuerpo, este enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza toda el mecanismo de la vida, y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sabios que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y así deducen, por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion fisica es mas débil.

Yo convendré con esta opinion de buena gana, pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias, y jamas concediendo la extension y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo de la muger influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos, que ó no cometeria un hombre, ó quizá los cometeria con ménos facilidad; mas no concederé que la alma de

muger siempre que quiera hacer buen uso de la razon no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mugeres serian en lo general ménos responsables que los hombres ante Dios del desarreglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mugeres; lo que no es así, pues á todos obliga la ley, y todos tenemos á proporcion los auxilios necesarios para observarla.

Bien conozco que esta es una materia que por lo sería acaso te será fastidiosa; pero si la escuchas y la masticas con atencion, te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores en que incurren muchas mugeres solo por no querer instruirse en ellos.

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y seria una necia y mal agradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, solo por que mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algun

ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitucion, ó formación del cuerpo de las mugeres influye algunas veces en ellas, de modo que cometen algunos y determinados excesos con mas frecuencia que los hombres; y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espíritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse, y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo: yo no comprendo cómo pueda ser eso, y quisiera oir una prueba de esta verdad.

No sabes cuanto gusto me das, respondia el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que despues de oir propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Así pues tú has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza cómo el alma de la muger por sí misma, con solo el auxilio de la razon pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecucion se siente como obligada por la inmediata influencia

de su cuerpo. Para acceder á esta opinion me pides un ejemplo: solicitud muy justa, pues los ejemplos valen mas para convencer el entendimiento que las teorías mas elocuentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia; entre otros muchos, cuan poderosamente influyen las particulares afecciones del cuerpo de la muger sobre su espíritu, y cuanta virtud tenga este ayudado de la razon para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la pubertad estan sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil excesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra Religion católica justamente lo prohíbe como ilícito, permitiendo siempre que lo substituya el legítimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *Mugeres ilustres*, alabando el natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las

doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas; y eran tan repetidos estos suicidios, que el senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase, fuera paseada desnuda y expuesta en la plaza mas pública. ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la vergüenza las volvió en sí, y las hizo entrar por el camino de la recta razon.

Ya ves con este ejemplo probado el poder del cuerpo enfermo de la muger sobre su espíritu, y el poder de este obrando con razon sobre la influencia de su cuerpo. El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere: pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¡cuántas Milesianas halláramos entre nosotros, que acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasión, moderar su apetito y sujetar su inclinacion, hasta el extremo de perder la vida antes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido, y está tu entendimiento satisfecho.

Si está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas, y así habrás de sufrir que te pregunte.

Pregunta cuanto quieras, decia su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguia Matilde. Ya entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa como dices; pero ahora pregunto: ¿Porqué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería, y nos han sujetado á sus caprichos valiéndose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado, ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente

á aquellos gentiles paganos, que sin idea de verdadera religion, justicia, ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecian; no, hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces! Yo ni calumnia, ni desacredito al vecino Ramiro: su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mi y á tí nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido; que cuanto adquiere es para su dama; que á sus hijos y muger legítima los tiene desnudos y muertos de hambre; que jamas les hace el mas mínimo cariño y agasajo; y que despues de este indigno proceder, por la mas mínima friolera la riñe, la golpea y la obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces ha venido la infeliz muger á pedirte un trapo con que cubrirse, y un bocadito con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un

cristiano; un bien nacido, y, como dicen, un hombre decente; ¡y dirémos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningún modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada dia entre nosotros. Los jueces, las cárceles, los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¿Antes de je yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres porque son ellas débiles, no porque ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquel Ser soberano que es justo y recto por esencia, algun dia tomará

en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas tuyas que tal vez no han tenido otro delito para sufrirlos que ser de una constitucion mas débil; porque Dios que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo expuesto debes deducir en primer lugar, que la muger es inferior al hombre en cuanto al cuerpo, pero igual en todo á él en el espíritu. Una señorita no podrá levantar del suelo un tercio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasion amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre un infeliz, y de ejecutar los actos mas piadosos de virtud, quizá con mas verdad y mas sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espíritu, aunque igual en la sustancia, tal vez no está adornado de los mismos sentimientos, ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvages en los montes, y los necios y pícaros en las ciudades, desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son y porque no tienen su-

ficiente vigor á resistirlos; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; ántes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, deben entender, y no es en vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y para reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos. Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje gro-

sero y el ciudadano pícaro para oprimirnos como dices, es de tal gerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

*En el que se trata un asunto de gravísima importancia.*

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de D.<sup>a</sup> Eufrosina dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia,

ficiente vigor á resistirlos; pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; ántes bien las aprecia, las honra y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente, deben entender, y no es en vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y para reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien, sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos casos. Todo esto está entendido, pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje gro-

sero y el ciudadano pícaro para oprimirnos como dices, es de tal gerarquía que por sola ella muchos hombres de nuestros paises no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras, ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

*En el que se trata un asunto de gravísima importancia.*

Acabamos de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa, cuando entró en nuestra sala una criada de D.<sup>a</sup> Eufrosina dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia,

corra su mercé, que quien sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de D.<sup>a</sup> Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apénas comenzaba D.<sup>a</sup> Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata rosa ya vieja, llamada D.<sup>a</sup> María que nada ménos era tia primera de la enferma y de D.<sup>a</sup> Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora doña Eufrosina, las sa utaciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, ménos la beata, que se dedicó á cuidar de la niña Pomposita.

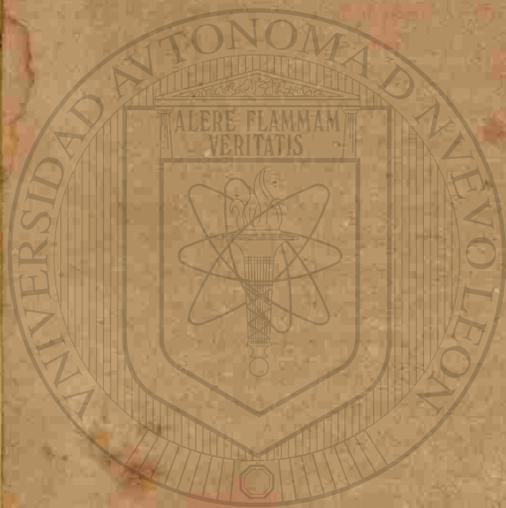
Miéntas que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estómago fuertemente: esta, darle á oler el humo de la lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quién recetaba una rebanadita

L. 2 T. 1.º P. 128.



Hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y su madre privada.

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

de pan empapada en aguardiente para el estómago: cuál unos fomentos de vino en los pulsos; en una palabra allí todas eran médicas, y nadie se tenía por ménos para ponderar sus medicinas; y sin duda hubieran embadurnado de aceites á la enferma, la habrían amarrado como un cohete, y la habrían hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aerostático, si no estuviese presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles, y las demas perjudiciales, como son la fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No porque las circunstantes veian sus remedios dasaprobados, dejaban todas de expresar los sentimientos de su cariño hácia la enferma del mejor modo que podian. Una la apretaba el estómago, otra la tenía las manos; esta la levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo, calificué de adulaciones.

En esto estaban cuando entró el médico, que por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa con que lo llamaron y el alboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligacion, gastó pocas palabras en saludar, y se dirigió á la paciente. La tomó el pulso, hizo dos ó tres preguntas, la vió la cara con atencion, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo ménos que decirle: Señor, ¿qué no receta V.? No hay necesidad, respondió el médico; y la dicha madama, creyéndose desairada, le dijo: ¿Cómo no? ¿pues no ve V. como está esta niña, y que si sigue así con ese temblor se nos puede quedar entre las manos, y lo peor es que se nos va sin sacramentos? ¿No será bueno que recete V. á lo ménos un poco de álcali volátil y tantita agua de la reina para el corazon? Yo no entiendo de eso, pero fui sobrina de un

famoso médico, que era doctor borlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del álcali y de la agua de la reina para estos casos, y yo algunos remedios le aprendí, y los he mandado mil veces, porque quien anda en la miel algo se le pega; y ya V. sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que la tenga el álcali, cuando no las desmerece el agua del pozo, la saliva, el carbon, los orines &c.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de V. digo: que de loco, todos tenemos un mucho, y mas cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos: pero de medicina y de poesía creo que muchos tenemos mas de entremetimiento que de inteligencia. Por mí le aseguro á V. que de poeta no tengo ni mucho ni poco. Una vez me quise meter á componer una quintilla y no la pude acabar; me quedé en cuatro piés como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médicos. Ca-

da cual debe hablar de lo que entiende, y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba á hacer para reprender una niña que pensaba acertar en materias que no entendia, y decia de este modo.

Si sin noticia ni guía  
quieres ir por un camino  
que no sabes, Celia, mia,  
te perderás de contino,  
y.....

*Será una bobería*, dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve ó lo dirija. ¡Vea V. que ocurrencia! dijo el médico en tono de admiracion: V. ha concluido mi verso fácilmente en un instante, y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemado las cejas á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos

consumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente V. tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraidos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demas oyendo, cuando la enferma exhaló un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio, sorprendiéndose al verse rodeada de tanta gente, entre la que extrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto para que estuviera tranquila, pues este era el único y legítimo remedio en tales excesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaría á la escalera, cuando entró en la sala D. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á D. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que halló en la casa. Incómodo totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del de-

safio, reñía ásperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necedad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: Yo no siento haber perdido las seis onzas, á mí no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas rico ni mas pobre. Ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata, pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no viéramos una, y que aun la última tregua llevándola tan aventajada hubiera quedado por ellos. Vamos, que Vdes. son buenos chanflas.

Este zonzo tuvo la culpa, respondió el colegial señalando á un alfez: yo le decia que no tirara fuerte, sino que vendiera el cinco; pero quiso lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mí, y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

No hay cuidado, decia el militar, la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola fifiada y la mesa tuerta fueron la causa de que erraran la bola, que si nó, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

Eso sí, decia Langaruto, despues de los ladrones trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú echando bravatas. Ya se vé, la bola, el taco y la mesa tuvieron la culpa, ¿no es verdad? Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajoncito del salvado. Anda, chanflon.

Muy incómoda estaba Eufrosina oyendo la acalorada disputa que su esposo tenia con sus amigos, sin hacer el menor aprecio de su mal; y así hecha una furia se levantó del asiento y le reconvino, diciéndole: ¿Qué, ha pensado V. que no tiene muger, ó créé que estoy pintada ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardía, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atencion? Ya se vé, que yo nací para infeliz, y....

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias; y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á

madama del mejor modo; y cuando supo que la causa de la mohina habia sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniéndolo y prorrumpiendo con la mayor energia estas expresiones: ¿Qué es esto? ¿Estan Vdes. infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro. . . . ¡Voto á mis pecados! ¿Por un cigarro han sido tantas alaracas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y experiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante D.<sup>a</sup> Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quién le ha dicho á esta mocosa malcriada que se ha de poner á chupar á escondidas mias? No faltaba mas, sino que la niña de siete á ocho años, que aun no sale del cascarron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el dia. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepenar los dientes á la calle.

Tienes mucha razon, mi alma, decia la

tia vieja, tienes mucha razon: yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido; ya se vé, tiene mi misma sangre al fin, y mas vale gota que libra; pero la verdad, yo no voy fuera de la razon, es mucha picardía que las niñas chupen. Ya se vé, tales estan las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbré á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fe que en mi tiempo, ¿cuándo, cuándo una niña habia de tener la avilantez de chupar delante de los grandes? ¿Qué digo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenian las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban; y pobre de la que los tenia amarillos, ya se podia componer; porque despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con un huevo caliente; pero ahora ya chupan por detras de nosotros todas las niñas y nos echan el humo en la cara, Haces muy bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no, no le dejes pasar estas perradas.

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho ménos con tanta crueldad como ahora, dijo el coronel: yo no me quisiera meter en esto, por-

que cada uno manda en su casa; pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Cómo nosotros? decía Eufrosina. Así como lo oye V., hermana, respondió el coronel. Si esa niña jamas hubiera visto chupar á V. ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hiciera; pero vé que todos lo hacen; que no se hallan sin el cigarro, que es una especie de atencion y obsequio el darse cigarro; que apénas entra una visita, luego se pide el braserito de la lumbre; y por último, vé que todos chupan, y que aun alaban el chupar, diciendo que el cigarro es un buen amigo, que en los gustos alegra, y en las tristezas consuela. ¿Qué concepto ha de formar de este vicio cualquiera niña que ve y oye todo esto? El mas favorable, el mas lisonjero sin duda alguna; y á consecuencia ha de desear experimentar por sí misma las dulzuras que oye decir se hallan en él, y luego que tenga ocasion ha de poner en práctica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños

aprendan á chupar desde muy temprano, ni ménos que se les permita hacerlo delante de sus mayores, conozco la fuerza de la preocupacion; pero no me detendré para decir que cuando lo hagan, poco se pierde, y este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mí, aseguro á Vdes., que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarro, lo veré con la mayor indiferencia; y no solo sino que tendré cuidado de que no le falten, para que cuando grande no solicite tal vez quien se los dé, ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre perniciosas, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo, bravo! dijo riéndose D. Dionisio: V., hermano, ha hecho grandemente la defensa de mi hija. Déjala Eufrosina, ¿qué importa que no chupe ahora, si mañana, como dice tu tia, te echará el humo en los ojos? Yo voy con la opinion de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en cólera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardia. Le arrancara la lengua, le sacara los dientes y le quemara la boca si tuviera el grandísimo atrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acalore V., decia el coronel: advierta V. que el chupar es en sí indiferente, y nosotros lo defendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué, pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de condenar como un crimen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, V. no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues por qué ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo por la boca? Y esté V. segura de que si hubiera visto mas polvistas que chupadores, se habria dedicado á tomar polvos ántes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y así ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina, así me criaron mis padres, y así he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad, ese es mucho ser-

vilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada, miéntras la razon y la experiencia no nos manifiesten su extravio.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á V. este argumento, á ver qué le respondia: „Mamá, V. me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien: ó el chupar es bueno ó es malo. Si es bueno, ¿por qué me lo me priva? y si es malo, ¿para qué lo hace en mi presencia?“ Vaya, hermana, ¿qué responderia V. á este apretoncillo?

Le plantara un buen par de bofetadas, y le quitaria las ganas de ponerse á dimes y diretes con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia D. Rodrigo, pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este fácil expediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero este se llama despotismo, el que jamas es lícito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superiores, pues con tan indigno modo se hacen temibles, pero jamas amables. Sus órdenes injustas se obedecen con la misma gana que

la mula estira el coche, y apenas pueden, cuando los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro, nos hacen ver que el superior jamas se degrada cuando satisface al súbdito con razon. ¿Quién mejor que los reyes y sus viceregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir mas sino: hágase esto porque yo lo mando? Pues ya V. habrá leído muchas reales órdenes en las gacetas, y habrá advertido que dice el rey: Habiéndome representado el mi consejo esto ó aquello, y atendiendo á la utilidad de mis vasallos &c. &c., he venido en mandar esto ó lo otro. Así tambien ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se da razon de que lo que se manda es por orden del soberano; y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen orden, para subvenir á las urgencias del estado, ó para los fines que se expresan; pero nunca habrá V. visto una real orden ó una superior determinacion, que, como se dice, á raja tabla y sin ningun prelude, diga: Mando esto, mando lo otro, sin

dar razon al público de por qué se manda.

Esto prueba lo que ya dije, que estas racionales satisfacciones jamas degradan al superior, y que el no darlas cuando conviene, es un grosero despotismo. Porque sí, ó porque no, son razones de cabocuada. Decir, haz esto porque quiero, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tiranía insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos refiere de aquella muger que pedia á su marido que crucificara á un criado inocente, sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable, y ménos entre cristianos.

Oiga V. una decimita que en cierta vez escribí al mismo asunto.

Un señor una ocasion  
á un criado suyo reñia,  
y si este le respondia,  
le decia el amo: Chiton,  
chiton, ó de un mojicon  
te dejaré sin sentido.  
Callaba el criado aturdido  
sobrándole que decir;  
porque este modo de argüir  
¿á quién no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya V. verá que las bofetadas lastiman, pero no con-

vencen, y que no le es á V. lícito usar semejantes soluciones con su niña.

Pues por último, hermano, dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: V. crié á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con V., así como no me metí el otro día que la regañó tanto solo porque le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñería que no merecía la pena.

V. dice muy bien, hermana: me ha convencido V., soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. ¡Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas! Pero vea V.: cuando reprendí á Pudenciana porque le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacia mal, pues el gato no le hacia daño. La enseñé que debemos tratar á los animales con lástima, porque son criaturas de Dios; y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complace en maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda valerse de su debilidad. Por esto la reprendí, y esto la enseñé. V. dirá si tuve razón, y si me maneje con tal cual prudencia.

D.<sup>a</sup> Matilde que habia guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pié de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversacion, y para ello con la mayor prudencia dijo á Eufrosina: Mi alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, porque ya ves el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro porque voy á ver qué hace mi peloncilla por allá adentro. Con esto se despidió, y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del cigarro; pero cuándo no corren igual suerte las disputas mas célebres y contenciosas? El amor propio cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos, y los sujeta al antojo, al engaño y la preocupacion. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por indagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necedades se defiendan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De

aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Cuando D. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿Has visto muger mas loca y mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Cuando vi á Pomposita bañada en sangre, y á tu hermana privada, me afligí, porque creí que la criatura acaso travesando, se habia dado algun golpe, y el pesar de este accidente habia desfallecido á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadecí de la pobre criatura, y me incomodé vivamente con Eufrosina. Yo no he visto muger mas necia.

Yo advertí bien tu incomodidad, dijo Matilde; porque solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan de veras, olvidándote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputar con un necio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el necio siempre se queda necio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo luego que es sorprendido de una pasion; en este caso se desatienden

los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegro que me hagas esta advertencia, dijo el coronel, pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te enseñó; pero dejando esto aparte, dime ¿qué juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor informe iba á concluir la obra de su muger cuando queria volver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde, aunque no puedo explicar en qué está lo peor de la accion; porque á primera vista parece que su cólera fué efecto de la buena educacion que da á su hija y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, no creo que hizo bien en lo primero; porque cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto está de parte de una opinion como de la contraria, temo que no tenga carácter, temo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un

capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú explicame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo D. Rodrigo, así es como lo piensas. Tu cuñado manifestó en su acción falta de carácter y sobra de amor propio. El se avergonzó porque vió reprendida su distracción delante de todos por la agria reprobación de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las visitas, maltratando á la parte mas débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija, y queda persuadido de que habia obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin carácter, son malos maridos, malos padres, malos amos, y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia, y no pocas premian el delito, ó porque no conocen ni uno ni otro, ó porque les parece que así deben hacerlo.

Peor concepto formarias del carácter de tu cuñado, si alcanzaras á conocer las perniciosas consecuencias que acarrea á su familia. Oye sin asustarte. El orgullo de su muger, su disipación, la mala crian-

za de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidación del principal, que cada dia va de mal en peor, y todos los atrasos interiores y exteriores de la casa, no reconocen otro origen que el mal carácter, ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esto no es murmuración: te hablo á solas de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la experiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas veces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionisio, y conozco sus buenas cualidades; pero me compadece que tenga un carácter tan débil, y que esto sea causa del desorden de su casa: te hago ver este desorden y te señalo sus causas, para que si yo muriere ántes de poner en estado á nuestra hija, quedes tú con suficientes reglas para deliberar sobre la elección del compañero que le convenga; y de este modo, obrando con prudencia y segun las máximas que te inspiro, coadyuvarás como buena madre á hacerla feliz en el estado del

matrimonio, si este fuere de su vocacion.

¿Pues qué el genio obsequioso de mi cuñado, decia Matilde, el que siempre dé gusto á su muger, el que la complazca, el que la estime y la sirva, es todo su pecado? ¿Eso es lo que lo constituye de mal carácter, y por eso son todos los extravios de su casa? Yo te creo, pero me admiro de saberlo. ¿Qué me dirias si D. Dionisio fuera un hombre grosero y altivo, y que tratara á su muger como una criada? Yo conozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba D. Rodrigo; pero condenaria en tal caso su cruel conducta, lo mismo que ahora repruebo la que le observo. En el arco, tan inútil queda la cuerda muy tirante como la muy floja. En todo debe dirigirnos la prudencia. Tan mal obra el marido que se convierte en tirano de su esposa, como el que se constituye su esclavo: ambos son extremos que debe evitar el hombre prudente, como opuestos á su dignidad, y como obstáculos á la felicidad doméstica y á la paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan ser hombres, las esposas no sabrán ser mugeres. Yo puedo equivocarme; pero segun

la experiencia que tengo las mugeres no serian tan fatuas, vanidosas ni locas, si siempre les tocasen por maridos hombres prudentes y sensatos, que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable; pero si los hombres, despues de exceptuar los que se deben, unas veces las exasperan con sus modales duros y groseros; y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿cómo sabrán sus mugeres infelices usar á tiempo del amor sincero, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuánto mas lo serán los hombres que las permiten, las enseñan y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual suerte que muchas, haré yo cuanto pueda y hasta donde alcance mi talento para darte las

mejores reglas, que tú la inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una muger amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.

### CAPITULO VI.

*En lo que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.*

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, y tanto mas cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse aislada entre los mimos, contemplaciones y melindres de sus padres, parientes, criados y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazon fué tan vehemente, que se negó á comer aquel dia, y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo; y así enfadada de él la dejó, diciéndola de paso mil boberas, y se entró á la habitacion de Matilde, quien viéndola tan colérica le preguntó la causa, y ella dijo: ¿Qué ha de ser?

esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia. ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la ahora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora rogándole tomase el chocolate; pero todo ha sido en valde: mientras mas le rogaba, mas dengues me hacia el demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: Masque nunca comas en toda la vida, ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y creeme que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

Ya se vé, ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razon. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardías, y entónces no hay diablo que se averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tio, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamara Eufrosina, si no le hiciere escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo ménos que incomodarse justamente y de-

cirle: Oiga V. hermana: no hay que engañarnos; siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de V.; y perdone que se lo diga claro, pero V. ha tenido la culpa, y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben economizar los castigos cuanto se pueda; y cuando sean inexcusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que V. le impuso; pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamas las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se concilió con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, ana-

dieron entre ellos, que habia llevado una yerba con cuyas delicias se entretenian todos y se distraían del trabajo. El Parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria; puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba de que despues nan sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

Lo que mas noto yo en muchas madres es que se irrítan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrear despues mil consecuencias funestas.

Yo no sé qué le dejo pasar á mi hija, decia Eufrosina; porque la que crie bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya vé V. que en esa edad sabe leer y escribir, sabe todo el catecismo: está aprendiendo á bordar y á hacer trensitas de chaquira; á coser no, porque, gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa, y algun

dia sepa lo que está bueno y lo que está malo.

A mas de esto, ya V. ha visto que baila un campestre, unas boleras, unas cuadrillas, un vals, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte: ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña da muchas esperanzas porque es muy viva.

Por lo que mira al estulo, á la decencia, al aire de taco, al tono, y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun dia ha de hacer su papel, ya V. ha visto también que me he desputado por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo debe sino á mí? Y despues de esto, ¿habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Reprender á una persona sus defectos

sin tener autoridad para ello, decia el coronel, es una impolítica, en que yo no deseo incurrir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyándola sus faltas, solo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora, á la pregunta que V. acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversion lea á ratos perdidos el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los sensatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque léalo V. con atencion, y despues, si gustare podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca, decia Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar ó lo que es. Vaya, que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué piensa V. que yo soy como la zónza de mi hermana que parece una criada de la casa ó una vieja camanduleira? Todo el dia se está la muy bobona ó

en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino novicia recoleta. Ya se vé, ella se hizo al modo de V. y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera mas pobre que Aman, me sabria dar mis ratos para deshaogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ya se vé que ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendienta de brígida ó capuchina, no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me hace pesada; ántes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo miéntras falto de

mi casa, y deseando volverme á ella lo mas pronto.

Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, ¡sobre que todo es hacerse! Ya tú te has hecho á estar encerrada, y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quien te saque; aunque no te hagas muy santurrona, quién sabe si tú no vas á los bailes porque no te gustan, ó porque no te da licencia mi hermano. Vaya, que esto último me parece lo mas cierto, y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo ménos tú eres mas chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: vaya, si eras una sonaja. Todo el dia andabas saltando y cantando en casa: ello lo hacias mal, pero á tu gusto; y tambien te agradaban mucho las fiestecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban, de modo que si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar: mira pues, si yo tengo razon para extrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gasmoñería no provienen de virtud, ni de que

no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos, no te pongas colorada: confiésala, y mas que no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando unas verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el dia; y que si ahora me estoy en mi casa, no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por respeto suyo. Por esto me avergüenzo y me da cólera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente: sé que si de niña doncella salias á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamas hacias empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la observo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora

que siendo jóven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes, y en el que no te hago ningun favor, porque tú te lo tienes merecido.

¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina: no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente. Yo me alegro mucho que V. esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con V. Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tu santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamas. ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me libre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y....

Vamos, hermana, no hay que affigirse, decia D. Rodrigo; si aun no llega este caso. Lo que yo quisiera fuera que V. se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debian serla muy útiles en su

estado: v. g. *La Educacion de las hijas*, por el señor Fenelon: *la Familia regulada*, por el padre Arbiol: *la Eufemia ó la muger instruida*, por el aleman Campé: *Cartas de madama de Montaignon*: *La muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que V. no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decia Eufrosina: vamos, hermano, que V. me hace reir con sus candideces. Si supiera V. que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no solo porque no me gusta, sino que me falta lugar para mis cosas. No piense V., ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son de bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, segun dicen. Pues, para qué he de mentir, yo no los he leído, pero todos lo dicen, y yo lo creo. Vea V.: tengo *las novelas de doña María de Sayas*, *las obras jocosas de Quevedo*, *las Aventuras de Gil Blas*, la

*Pamela*, *el Eusebio*, *novelas sin las vocales*, *la Clara*, *la Diana enamorada*, *la Atala*, *Alejo en su casita*, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, *D. Quijote de la Mancha*, y otros que no me acuerdo; y á mas de eso, un celemin de comedias y sainetes que mas bien lee Pomposita que yo. Conque vea V., si no tengo lugar de leer esos libros que son tan divertidos, ¿cómo me habia de poner á leer esas mistiquerías que V. quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene V. un gran surtido de libros y comedias. Entre los que V. me ha señalado, unos son buenos; otros razonables, y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos V. tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que V. me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo; porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como V. no tenga lugar para de-

dicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace V. del tiempo; porque no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil, y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

V. hermano, la verdad, se está haciendo de la casa de la Virgen, decia Eufrosina. ¡Conque no sabe V. cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de V.! ya se vé, como vive tan léjos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, ¿cómo ha de saber le que yo hago? No obstante, oiga V. en que se me va el dia, para que vea si tengo ó nó que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aseo para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la Alameda á hacer ejercicio, ó al Parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce, y me vengo á almorzar: despues en tomar la lección de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos ó dos y

media que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto, á las tres y media ó las cuatro me acuesto á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta la siete, hora en que me voy á algun baile ó al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa, ó por alguna indisposicion que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entónces estoy mas ocupada con la atencion que exigen estas cosas. Vea V. si tengo ó no tengo hartito que hacer, y si tendré lugar no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

Anda niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por qué no? respondia Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿no soy muy dueña de mi voluntad? no tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto ¿no soy una señora

decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime ¿en qué gastas el día por lo ordinario?

No tendré embarazo, dijo Matilde. Mira: no soy madrugadora: me levanto, por lo regular á las siete de la mañana: visto á Pudenciana y nos vamos á misa: venimos, y nos desayunamos: despues envío á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte: el resto de la mañana se va en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa, ó mil cosas; porque á ninguna muger le falta que hacer en su casa cuando es muger y quiere estar ocupada; á las doce envío por la niña, me pongo mi delantal para no ensuciarme, y voy á la cocina á sazonar el plato de mi es-  
poso....

¡Virgen! ¿hasta eso? dijo Eufrosina: pues ¿qué no tienes cocinera? ¿aunque fuera ya! —Sí tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera; y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida. Mas como iba dicién-

do: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña miéntras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco mas; él suele irse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo del catecismo, á mi hija, á Tulitas (\*) y las mozas; pues, porque ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados; en esto dan las oraciones, se van á sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras me entretengo en tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo has-

(\*) Esta Tulitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia, y de la que se habló al principio de esta historia.

ta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el dia, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú si te salvas; pero la verdad yo no te la codicio; porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad; y no para todas, sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas, y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con que pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú que eres me-

dio mística, ya sabes que esto no es mugerio ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de todo, niña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues qué las señoras decentes gozan alguna prerogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para substraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan léjos estan de eximirnos del cumplimiento de las leyes, que ántes bien nos someten á su yugo con mas imperio, porque el que mas ha recibido, mas debe; y así las señoritas que han recibido unos buenos principios, y que se distinguen por su clase del comun del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares, sin jamas alegar las preeminencias que gozan para faltar á sus obligaciones; pues como di-

je, sus mismas distinciones las estrechan para obrar con mas arreglo y escrupulosidad que los demas.

Pues bien, dijo Eufrosina: sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni V. ni yo hemos nacido para reformar el mundo: así lo hallamos, y así lo hemos de dejar. ¿Qué nos importa que las gentes anden de piés ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie: ¿para qué nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues, quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como V. la supone, pues si eso fuera no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve V. cuantas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, si no ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece V! Acaso porque hay en efecto muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo ménos los dias

floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la disipacion y á la fruslería, abandonando sus mas precisas obligaciones, ¿créé V. que se halla disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna manera, hermana: la multitud de viciosos jamas ha justificado el vicio. No porque hay muchos ébrios y ladrones, tendremos por licito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon, pues siempre que queremos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir, y unos de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol S. Pablo decia que sentia en sí dos leyes, la del espíritu y la de la carne; esta, enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel, sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que lisonjea nuestros sentidos y ape-

titos, no queremos sufrir la contradiccion que hace el espíritu á la carne: y así con desprecio de aquel adulamos esta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito; y acosado del temor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la mas frecuente ó la que tenemos mas á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entónces nuestro amor propio, diestrísimo adulador, nos persuade, ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frivola, que no nos penetra el interior, porque al instante se nos vienen á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofisteria y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en Méjico, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras, que ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipacion y á peores cosas, se

desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia abundan estos ejemplares; pero tambien es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en su trage, fieles á sus esposos, atentas en la educacion de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda, y enteramente muy cristianas y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

Qué dice V., ¿no es verdad que hay muchas señoras de estas en Méjico? ¿No conoce V. algunas de ellas? ¿Pues cómo no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos, y solo me cita en su abono el extraviado proceder de las demas? Conque, hermana, no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otras obran lo mismo que nosotros, pues tenemos ejemplos en contrario que debemos imitar.

Calló el coronet, y Eufrosina con una risita burlona le dijo: ¿Sabe V., hermano,

lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa?  
—Que V. erró la vocacion de medio á medio. Si señor: V. no debia haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio, V. debia andar con un púlpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios, como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea V. qué taca ó qué sermon tan largo me ha echado! La lástima es que yo estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonga de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Sí, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres; y por fin, he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones y muchacho del dia. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo regañon y mezquino! No lo digo por V; pero, ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorecado. En fin, hermano, ¿Vdes. gustan de ir al coliseo, que ya es hora?—Hermana, muchas gracias.—Pues adios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina, y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su

marido: ¡Ya lo ves? yo me alegro, sí, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para qué es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se los haya. La verdad, me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel, todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces. Tú bien sabes que es obra de misericordia y muchas veces de justicia dar buen consejo al que lo ha menester; y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de dárselo y de sacarlo de su error, siquiera por caridad; y esto aun cuando presumamos que por entónces no lo admitirá ó se burlará de él, porque no sabemos si aquel consejo despreciado acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana ó por un revés de la fortuna, ó por la experiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversacion que oiste, de lo que no me pesa, ni ménos me siento de su burleta, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexión. Si todos pensarán como ella, si todos dijeran: Así hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la gloria de reformarlo; en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para corregir ó contener los vicios. ¡Desgraciados de los hombres! Ociosos fueran los púlpitos y los libros: nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la política, ni en cosa alguna; pero como los sabios no han sido de ese necio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia, y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente que no me

hallo con un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el exceso que tengo en el mismo objeto, pues sé que al que se le dieron cinco, se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo, se le tomará residencia de este uno; y por esta razon procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algun dia le serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogerá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo ménos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quien es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es boberia disputar con ella, ni con ninguna persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningun partido ventajoso de tales disputas. Esto

tú me lo has dicho, y no ha mucho que tácitamente me concediste que no habias hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime ¿cómo está eso?

Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende. No es lo mismo disputar que aconsejar en cualquiera disputa, pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinion contra otra con razones, no con palabras sin sustancia, pues en este caso ya no será disputa sino algaravía; y como los necios porfian casi siempre sin razon y sin saber lo que porfian, sino que quieren sostener su opinion porque sí y porque nó, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto, hay disputas tan frívolas é impertinentes, que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de estas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí, y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evi-

dentes, que al sostenerlas con ardor contra un necio, es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad y por justicia, no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinion con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al católico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está demas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concorra al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interes, y regularmen-

te seguro. Si yo aconsejo v. g. á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interes, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala.—¿Qué cosa? —Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos.—Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capítulo sexto.

### CAPITULO VII.

*En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.*

¿Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus má-

ximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que la inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres; y así en poco tiempo supo leer con bantante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestro le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recaudo de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de

te seguro. Si yo aconsejo v. g. á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interes, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala.—¿Qué cosa? —Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos.—Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capítulo sexto.

### CAPITULO VII.

*En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.*

¿Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus má-

ximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que la inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres; y así en poco tiempo supo leer con bantante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestro le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recaudo de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de

lección, ni advertía ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, cuán necesario y útil era poseerla con la posible perfección. Pero esto lo hizo acercándose un día á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndola: Mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. ¿Qué te gusta escribir?—Sí, papá.—Pues mucho mas te gustaria si supieras qué gran cosa es la escritura.

El saber escribir, ó la invención de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utilísima sobre toda ponderación y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia cierta y lícita entre los hombres. Sí, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrían por milagros ó

hechicerías. Ella resucita los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogar gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, veamos las situaciones de los reinos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paseos; que sepamos el número de habitantes que los ocupan, cuáles son sus costumbres, religion y gobierno, leyes, modas, enfermedades y remedios: ella, inventada no solo para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas, que indagemos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los rios, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas: ella nos facilita la comunicación con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oírnos y entendernos, las leguas, los montes ni los mares que se atraviesan entre ellos y nosotros: ella fija en el papel como con un clavo la

palabra que sin auxilio se escaparia para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes: ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones y la que lo convierte en impio, necio y escandaloso cuando se olvida de ella, porque la pluma es para todo, segun se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religion ó se deshonra; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hácia el error; se favorece á los hombres ó se perjudican, se abren los corazones para el amor ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma cuando se quiere hacer segun conviene; y dime si deberá ninguna criatura dotada de razon despreciar este beneficio y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

Así es, papá, decia Pudenciana; muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como V. dice. Pero yo estoy espantada, y queriendo saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que V. me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de estas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y esta aficion la hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas arreglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasion dejándola correr á rienda suelta, constituye el egoismo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigido es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de

este axioma, y así alababa lo bueno que veía en su hija, pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenía como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo la enseñó su padre á conocer los números y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, la hizo ver cuan útil es á las niñas aprender á lo ménos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la mas crasa ignorancia decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algun día ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos, y hacer otras cosas que les costaría sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mugeres; y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad para excitarla el apetito de aprender.

Un día le dijo: Mira, los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga; pero á mas de que siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la persona que sabe valerse de los números hace las cuentas muy fácilmente, y las mas veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira, estas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veinte y una, y la última treinta y cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes, porque necesitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te expones á equivocarte veinte veces. Pues vaya, pon aquí las fichas de la primera caja, que son setenta y tres, en este modo:..... 73  
Pón las de la segunda, que son..... 21  
Pon las de la tercera, que son. .... 35

129

Puestas en este orden se suman así, y resulta que hay ciento veinte y nueve fichas en las tres cajas.

Aun hay otro modo de sumar mas pron-

to, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuántas lentejuelas tienen los arquitos de tu túnico?—¿Cuándo lo he de saber, papá? si tiene un monton.—Pues ahora verás qué fácilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.—Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.—Muy bien: ahora cuenta cuantas lentejuelas tiene un arquito.—Ya estan contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas estan puestas en igual proporcion, de suerte que no hay mas en un arco que en otro, pon de número los arcos, que son..... 42 Pon debajo las lentejuelas de un arco.. 9

378

Ahora se multiplican así; y ves en un instante que tu túnico tiene trescientas setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan difícil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le es tan útil y necesario á una muger el saber contar, como á un hombre. Muchas mugeres perecen en la miseria solo por ignorarlo; y la experiencia nos las está señalando con el dedo lo mismo que la

causa. ¿Qué se puede esperar de la muger que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quien se las haga, casándose ó acomodando un dependiente; y si este ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitan, y se queda la muger contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora que eres niña, para que te hagas útil á tí y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender, y es menester aprovecharlo; porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo asciende á majadero.

Ya se deja entender que esta prolijidad no es ociosa en ningun padre de familia, cuando trata de aprovechar á sus hijos. El coronel cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de leccion, tan fastidioso á todo niño; con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió en efecto en poco tiempo á leer, escribir y

contar con alguna perfeccion, y sin que á él costara mucho trabajo el enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son utiles para su felicidad temporal, es creible que no lo seria ménos para enseñarla aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien pequeña procuró hacerla formar la mas digna idea de su Criador, conformándose con su capacidad, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien instruida.

El se valia de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun los mas triviales, para elevar su consideracion al Hacedor Supremo. Ya la hacia contemplar la hermosura del campo en un alegre dia de primavera; ya la brillantez del cielo salpicado de luces en una serena noche; ya el espantoso aparato de una terrible tempestad, ya la atraccion maravillosa del iman; ya la fragancia de la rosa. . . . En una palabra, el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces, y hasta los imperceptibles insectos le daban materia para instruir la en el conocimiento

de Dios, haciéndola ver cómo resplandece en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Despues de hacerla ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Señor del universo, la hacia reconocer que sin embargo de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de los hombres, por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraiso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros instituyendo el augusto sacramento de la Eucaristía, en el que se quedó con nosotros hasta el último dia de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba á su hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los padres que tienen las luces y disposicion necesaria para instruir á sus hijos, y mas felices los hijos que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A esta edad que era de poco mas de

siete años, ya sabia de memoria el catecismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada Religion, todo á fuerza del continuo teson con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no comun disposicion de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella, y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulacion que procede del ejemplo de los condiscipulos estimula para aprender mas breve; pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes del pecado, nos inclina al mal: que esta pervertida inclinacion se deja percibir en muchos niños bien temprano: que es muy difícil falten algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los

muchachos que se confían á su cuidado: y de todo esto concluía, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un dia hablando de esto con su esposa, le dijo: no te admire que haya dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y solo por contemporizar en algo con tu gusto lo permití. Te aseguro que con solo franquearla la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios, por largo tiempo, tendria lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar; porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso de su razon se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos al rededor de si, adopte los primeros, separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con

un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será mas fácil que se adune el niño ó niña inexperto, con los buenos ó con los malos? El que se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan, y aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo ménos *parcial*, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intencion de sus piadosos fundadores ó inventores; si con una crítica mordaz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un herege político; pero si ni declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la oc. sion tan próxima de la compañía de los malos, creo que nada digo que no sea una verdad indisputa-

ble. Puedo asegurarte con dolor que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el dia, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moises arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces llamas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son extremos de comparación; pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortífera, y una gota de viagre corta un gran vaso de leche; y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre

ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien, y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos: pero el que no necesite de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se exponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo, cuando entró el lacayo de D. Dionisio diciendo que esperaban á comer á su familia. Era dia de frasca de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel que entendia muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir, inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capítulo primero del segundo tomo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE.

DE LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO.

Prólogo.	Pág.	5
CAPÍTULO I. <i>En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.....</i>		13
Cap. II. <i>En el que continúa la materia del antecedente.....</i>		34
Cap. III. <i>En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposita y Pudenciana.....</i>		65
Cap. IV. <i>En el que se trata una materia entretenida.....</i>		105
Cap. V. <i>En el que se trata un asunto de gravísima importancia.....</i>		127
Cap. VI. <i>En lo que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.....</i>		152
Cap. VII. <i>En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.....</i>		180

